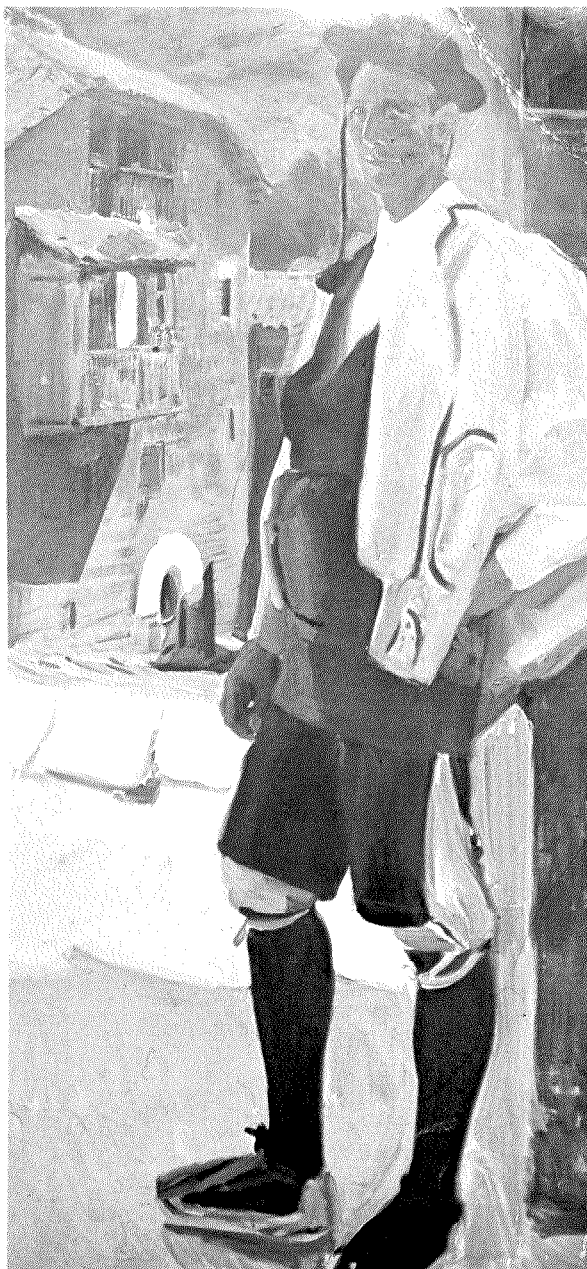


Rafael
Gambra

EL VALLE DE RONCAL



RAFAEL GAMBRA

EL VALLE DE RONCAL

(Tercera edición)

Introducción, José María Iribarren
Epílogo, Miguel Arazuri

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
MADRID, 1974

TEMAS ESPAÑOLES

1. La literatura española del siglo XX

2. La literatura española del siglo XX

3. La literatura española del siglo XX

4. La literatura española del siglo XX

5. La literatura española del siglo XX

6. La literatura española del siglo XX

INTRODUCCION

Cuando, camino de Roncal, se detiene el viajero en el Alto de las Coronas, el paisaje del Valle sobrecoge por su adusta grandeza. Es un tumulto de barrancos fragosos y montes erizados de pinos y hayedos, al fondo de los cuales, como un telón puesto en la raya del horizonte, las crestas insolentes del Pirineo se recortan contra el cielo de Francia como las muelas de una quijada descomunal.

A diferencia del paisaje verde, dulzón y femenino del valle baztanés, el de Roncal es un paisaje alpino, áspero y varonil. Los picos de esta parte del Pirineo son los más altos de Navarra, y, los montes, cuajados de arbolado hasta sus cumbres, son montes oscuros y salvajes, en cuya pavorosa soledad sólo se escucha el golpe seco del leñador, el cencerro de una vaca extraviada o el estruendo de un árbol que se abate, tronchado, sobre la selva.

Por sus profundas barrancadas, el río Ezca y los torrentes que lo acrecen escurren sobre lechos de roca viva, entre pálidas foces y gargantas espeluznan-

tes. Y los siete pueblos que componen el Valle son pueblos negros, pastoriles, de iglesias chatas y viviendas de piedra oscura, con tejados de color sangre y recias y redondas chimeneas.

En esta rinconada de clima riguroso, donde el terreno apenas si produce más que árboles y pastos, vive un pueblo sufrido y frugal de pastores y madereiros, al que hace tres centurias calificó el Padre Moret de «gente fuerte, robusta, ejercitada en armas y criada en la aspereza mayor del Pirineo, de ánimo denodado,preciado de nobleza y amigo de la honra».

Pastores que elaboran el exquisito queso que ha dado fama al Valle y que en otoño emigran con sus miles y miles de ovejas desde las bordas de Belagua hasta la parda inmensidad de la Bardena:

A la Bardena del Rey
ya vienen los roncaleses,
a comer migas con sebo
por lo menos siete meses.

Y almadieros valientes, que se juegan la vida en el invierno, conduciendo sus balsas de troncos ligados con ramaje de avellano a través de las foces del Ezca y de las presas del Aragón y el Ebro.

El Valle de Roncal, de nobleza antiquísima, es el más reciamente navarro de los de la montaña y el que mejor ha conservado la tradición. Sus pueblos forman una comunidad que administra el disfrute a sus montes y pastos con arreglo a ordenanzas inmemoriales. Anualmente, y desde hace seis siglos, sus diputados —de sombrero y calzón, anguarina de paño y valona de lino— ascienden a la Piedra de San Martín, en la

muga de Francia, a recibir de los del valle de Bare-tous el tributo de las tres vacas, ceremonia de paz entre ambos territorios fronterizos. Aún quedan en Vi-dángoz y en Uztárroz viejas de trenzas y justillo que retuercen la lana en sus ruecas antiguas, que recuerdan los pasos del ingurutxo y conserva el éuskera más ancestral y rico de Vasconia. Y las mozas del Valle, descendientes de aquellas heroínas que, según la leyenda, dieron muerte a un caudillo musulmán, si-guen vistiendo en fiestas el traje típico del país —cor-piño con galones de seda y brocados de plata, refajo rojo de ribete azul cielo y mantilla de raso carmesi—, que es el más señorial, el más rico y vistoso del fol-klore español.

En las largas jornadas del invierno, la vida se re-mansa en las cocinas, donde las viejas etxekoandres aduermen a sus nietos con historias de lobos y de brujas.

Pero cuando la nieve se derrita en los montes y florezcan los lirios y violetas del bosque, la riada blan-ca e interminable de los miles y miles de ovejas que invernaron en la Bardena volverá a serpentear por las cañadas y los desfiladeros con un sonar alegre de es-quilonas, de trucas y cencerros de cobre. Y cantarán las mozas en Isaba:

Ya viene la primavera,
ya resuenan los cimbales,
ya vuelven los pastorcicos
con sus pañuelos al aire.

José M.^a IRIBARREN

SITUEMONOS...

Navarra es, sin duda, una de las regiones españolas de más acusada personalidad, quizá la que conserva más vivo lo que podríamos llamar un patriotismo regional.

Sin embargo, esta personalidad unitaria es en Navarra una de las más señaladas victorias de la cultura, de la historia vivida en común, del espíritu en definitiva, sobre los factores puramente naturales, sean geográficos, raciales, climáticos... Navarra es ocho siglos de historia en común a lo largo de la Edad Media. Pero Navarra no constituye eso que los geógrafos llaman «una región natural» ni posee una base racial uniforme; antes bien, reúne elementos de suelo y de población, más que heterogéneos, encontrados. Ni aun siquiera hallamos en ella unidad lingüística ni de carácter.

Quien se encuentre en Lecumberri, en Leiza o en el Bidasoa, en cualquiera de los valles occidentales de sus montañas, creará hallarse en lo más cerrado y típico del País Vasco, y, efectivamente, lo estará. El

monte Aralar o de San Miguel Excelsis, centro espiritual de todos los vascos, se encuentra precisamente en Navarra. Quien, en cambio, camine por la Ribera de Navarra, por sus fértiles y polvorientos campos, entre viñedos y olivos, creará encontrarse en Aragón, y oirá, en efecto, una de las modalidades más típicas y raíces de la jota, la jota navarra. Ambos mundos, el montañés grave y concentrado, y el ribero vehemente y alegre, se funden y complementan en las bulliciosas fiestas de San Fermín:

*Pamplona siete de julio
cantan los mozos y mozas.
Los de la montaña en vasco
los de la ribera en jotas.*

La Ribera y la montaña no se contraponen, sin embargo, con una divisoria tajante y precisa. Entre una y otra se sitúa una llamada *zona media*, quizá la más característicamente navarra, que se extiende en sesgo a lo largo de todo su suelo. Zona media es Estella y su comarca, que enlaza con la llamada *cuena* de Pamplona; zona media es también, prolongada hacia Oriente, la región de Aoiz, Lumbier y Sangüesa, que va a hundirse después por el valle de Salazar en el Pirineo. Zona originariamente vasca, pero romanizada desde hace muchos siglos, gentes de un carácter que promedia y resume las virtudes y defectos de riberos y montañeses.

Pero con esta trisección de Navarra en montaña, ribera y zona media no se agota tampoco todo su suelo. Más allá del Valle de Salazar, en lo más alto y fragoso del Pirineo navarro, en un ángulo lindante con

Francia y con Aragón y separado de la Ribera por una gran zona aragonesa que linda por Sangüesa con lo que hemos llamado zona media, se encuentra una comarca con características propias que no coinciden con ninguna de las tres zonas del mapa navarro; ésta es, precisamente, el Valle de Roncal.

Para pasar a este Valle desde Navarra es preciso trasponer el alto y difícil puerto de las Coronas, que lo separa del Valle de Salazar; y si se quiere entrar en él remontando sus aguas desde la desembocadura, hay que atravesar una zona del valle del Aragón y de la montaña aragonesa. El nombre de *Valle*, así con mayúscula, no es un concepto geográfico, pues aunque el Valle de Roncal sea geográficamente el valle del río Ezca, no es todo el valle de este río, ya que éste se interna después en Aragón, donde riega varios pueblos que no son roncaleses. *Valle* es, en la división administrativa de Navarra, una denominación política. Y el Valle de Roncal es, en su propia definición, «*un cuerpo solar (o Universidad), compuesto de siete villas o pueblos, de unos cien vecinos (o familias) cada uno, que constituyen su comunidad, y que son Uztárroz, Isaba, Urzainqui, Roncal, Garde, Vidángoz, y Burgui, antemurales por la parte de Uztárroz e Isaba del reino de Francia, y por la de Garde y Burgui, del de Aragón*».

Así aislado, y formando una cerrada comunidad política, el Valle de Roncal mantuvo a través de los siglos una personalidad fuerte y característica, con una historia propia y hasta cierto punto independiente. Así, por ejemplo, dice su ejecutoria: «*Aunque el Valle de Roncal es miembro del cuerpo del reino de Nava-*

rra, cuando éste se entregó a la majestad del señor rey don Fernando el Católico y se otorgó la capitulación general de vasallaje con los diputados de todo el reino, no obstante, considerando al Valle de Roncal brazo poderoso y fuerte por sí para la defensa de su rey y señor natural, se le precisó, para que otorgase sus poderes para capitular separadamente su fidelidad a la majestad católica, como así lo hizo con el duque de Alba, general de las tropas en el año 1512». Así también, en la guerra de 1793 contra la Revolución francesa, el Valle de Roncal defendió sus fronteras a las órdenes de su alcalde mayor y Capitán a Guerra, operando entre el cuerpo de ejército de Navarra, que mandaba el general Caro, y el de Aragón, que mandaba Castellfranco.

A pesar del tiempo y de las vicisitudes políticas, tan poco propicias a las diferencias locales, esta personalidad colectiva ha sido mantenida por los roncaleses hasta nuestros mismos días. La Junta General del Valle, a la que pertenecen la mayor parte de los inmensos bosques de su suelo, se administra por sí misma, sin rendir cuenta a ningún poder superior, ni aun a la Diputación de Navarra. Goza así el Valle de una independencia dentro del mismo Fuero de Navarra, lo que hace de él el Valle pirenaico más autónomo después del de Andorra. Esta autonomía, que ha corrido siempre paralela a su espíritu público y su voluntariedad en defender la patria común, hace de este Valle el mejor ejemplo vivo de lo que serían en el Siglo de Oro los pueblos españoles, tan reciamente diferentes entre sí, tan celosos de su propio fuero, pero tan unidos en la misma fe y bajo la misma corona.

EL PAISAJE

El viajero que por primera vez penetra en el Valle ascendiendo aguas arriba desde su desembocadura, tiene la impresión, en cada curva del camino, de que su viaje va a terminar allí mismo, de que aquella carretera morirá bruscamente frente a una maciza e impenetrable muralla de piedra. La noche se adelanta varias horas en el fondo de aquellas gargantas, y la carretera, entre la peña y el abismo del río, se pliega a las sinuosidades del Valle, siempre amenazada por los tremendos bloques de piedra, que, medio desgajados, parecen dispuestos a desplomarse sobre ella. Y abajo, en medio del río, que hierve clarísimo en su lecho de piedra, enormes rocas sueltas confirman la amenaza.

El panorama va cambiando insensiblemente a medida que se remonta el Valle. La seca fragosidad de las primeras focas o desfiladeros se va iluminando en perspectivas más amplias, que rematan los agudos picos del Pirineo, cuyas cumbres se pierden tantas veces entre las apretadas nubes del invierno. La vege-

tación es también más jugosa y tupida. Las primeras masas oscuras de pinos y abetos alternan con verdes prados salpicados de espesas matas de boj. De todas partes descienden, a menudo en blancas cascadas, arroyos de clarísimas aguas, cuyo cauce de piedra desnuda alberga las más finas y sabrosas truchas del Pirineo navarro.

Hemos atravesado el pueblo de Roncal, centro del Valle, con su conjunto de casas blasonadas, de piedra negra, superpuestas en empinada cuesta que corona una iglesia que bien pudiera servir de fortaleza; la carretera continúa ascendiendo suavemente entre el macizo de Santa Bárbara y las abruptas pendientes del Bedaguinpicoa, pico de la Bruja (*bedaguina* en el más primitivo vascuence).

Todavía dos recodos del camino en los que los pinos destacan rotundamente sus oscuras siluetas sobre la blancura luminosa de las puntiagudas rocas que con ellos se entremezclan a la orilla del río. Y ya a la vista, entre las dos aristas del desfiladero, el pueblo de Isaba, elevado sobre una colina, con su viejo caserío de piedra, de agudos tejados, precedida de blancas casas en la carretera que le dan de lejos el aspecto de un pueblo vascofrancés de veraneo. Aquí el escenario adquiere una mayor amplitud, y el gran panorama de bosques y prados rematado por la piedra blanquísima de los picos nos hace sentirnos en medio de un inmenso jardín. A nuestra derecha, el escenario se cierra con la Peña Ezcaurre, uno de los picos más espectaculares del Pirineo occidental, que eleva sus dos mil metros en una talla gigantesca de aristas en roca viva, como un inmenso castillo de hadas; hacia la izquierda,

las peñas de Ardebidegueinea inician la barrancada lateral que conduce a Uztárroz, el pueblo más alto del Valle, tantas veces pintado por Sorolla, con su colgante caserío en medio de una selva de fresquísimo verdor. Allí terminó durante muchos años la carretera del Valle, que había de recorrerse en sentido inverso para regresar. Hoy parte de Uztárroz una carretera turística que remonta el collado de Laza, de espléndido panorama, y desciende hasta Ochagavía, uniendo así este Valle con el de Salazar, su vecino por la parte de Navarra.

Pero el nervio central del Valle se prolonga desde Isaba por el barranco de Belagua, ascendiendo directamente hasta el pie de la divisoria del Pirineo, que no dista ya más de diez kilómetros.

Lo surca una zigzagueante carretera construida en sus orígenes por el propio Valle para fines agrícolas y forestales, carretera que recientemente (1972) se ha prolongado hasta Francia por el lejano puerto de Ernaz o de la Piedra de San Martín para enlazar con el valle Bearnés de Barettous, dirección a Olorón y Pau.

El turista, después de recoger en los dieciocho kilómetros que median entre Burgui e Isaba todas las impresiones de colorido, variedad de paisaje y grandiosidad escénica que un tan corto espacio puede ofrecer, suele remontarse por esta pintoresca carretera de Belagua hasta el llano de este nombre, especie de bolsa o circo final del Valle, un inmenso anfiteatro de montañas que constituye al mismo tiempo la línea cumbre del Pirineo y la raya fronteriza con Francia. En esta zona, mucho más verde y húmeda, de limpia y transparente atmósfera, el pino ha cedido su puesto

al haya, que forma en las faldas de estos picos selvas inmensas, todavía inexploradas, en cuyo interior, apenas traspasado por los rayos del sol, las hojas de siglos incontables forman un profundo lecho que cede al paso del hombre, a veces hasta su rodilla.

En el punto donde empieza a ascender la nueva carretera a Francia, cerca de la ermita de Nuestra Señora de Arraco, un muro de altos picos se eleva cercano y altivo ante nosotros. Son la Carchela, Bimbaleta y Lácora, cuya altitud se aproxima a los dos mil metros. Sus cumbres, y los no lejanos puertos que las separan, forman la divisoria con el valle vascofrancés de la Soule. Más hacia oriente, la línea de altas cimas se aleja, ganando en altura y fragosidad, hacia el luminoso «rincón de Belagua», cuyos múltiples planos, tallados ya en la dura desnudez de la piedra, se extienden desde los blancos y fantasmales parajes de Larra hasta la altiva Mesa de los Tres Reyes, que sirve de fondo último, ocultando tras su masa el ingente pico de Anie (2.500 metros), último confin de esta zona abrupta y desértica, paraje de osos y nieves perpetuas, en que confluyen Navarra, Francia y Aragón.

Ascendamos un poco hacia estos puertos, aunque sea con la imaginación y el recuerdo.

Trasponemos también la *Venta de Juan Pito*, que fue antaño último refugio en suelo español y donde hoy pueden gustarse las sabrosas *migas* de pastor; atravesamos un ángulo de la espesa selva, entre la solemnidad sombría de las altas hayas, y salimos a una última zona, desprovista de toda vegetación, que no sean los finísimos pastos de la alta montaña. En estos parajes, en que se siente ya el viento y la impaciencia

de las cumbres próximas, reina un silencio impresionante, alterado sólo por el rumor de esquilas de ganados esparcidos quizá a varias leguas de distancia. La mayor parte de los días del año una niebla espesísima —la *boira* de los puertos— se agarra plumiza y atrozante a estas aristas del Pirineo, haciendo imposible el camino a quien no sea experto conocedor del terreno. Dentro de ella, todo —cosas y ruidos— adquiere una apariencia fantasmal, y el frío de una llovizna insensible deja pronto transido el cuerpo.

Coronada esta última parte, se abre ante nosotros, ya en el puerto, la visión de la otra vertiente. Pocos espectáculos más impresionantes, creo yo, puede ofrecer la naturaleza al espectador, porque quizá en ninguna parte se tenga más vivamente la extraña sensación de encontrarse a caballo entre dos mundos.

El Pirineo es como una inmensa ola que, avanzando desde España hacia Francia, se petrificó en el momento de romper. El extenso y variado escalonamiento de cumbres en la parte de acá semeja su lenta curva ascensional. Y bajo la abrupta y cortada cumbre, rompiente, un descenso violento, rápido, sin obstáculos, hasta la cercana llanura a un nivel muy inferior a aquel de que había partido.

Desde este lugar, mirando hacia el Norte, se da muy frecuentemente el espectáculo sorprendente de que, bajo el cielo totalmente limpio de un cielo estival en España, se extiende a nuestros pies, en la vertiente francesa, un inmenso mar de nubes blanquísimas, iluminadas por el sol, de las que sólo emerge la oscura punta de algunos picos de las estribaciones pirenaicas. Creo que en pocos puntos de divisoria podrá

gozarse de esta visión impresionante con tanta frecuencia y en tan radical contraste.

Siguiendo hacia oriente la línea fronteriza de cumbreres, por la nueva carretera a Francia, nos adentramos, como he dicho, en los impresionantes parajes de Larra, amontonamiento de rocas desnudas y resquebrajadas, donde no brota más vida que la de algunos extraños y resecos pinos, que prodigiosamente extraen su savia de los intersticios de aquellas rocas. Pinos que, para acentuar el desolado aspecto del paisaje, se ven muchas veces carbonizados por el rayo.

Larra es, además, como un encaje de simas y grietas abismales: el terreno más prometedor para la explotación espeleológica. En su límite norte se halla el paso de Ernaz o de la *piedra de San Martín*, que traspone la nueva carretera hacia Arette en el valle francés de Barettous, puerto del que más adelante hablaré con motivo del milenario Tributo de las Tres Vacas. En las inmediaciones de esta piedra o muga fronteriza, en terreno roncalés, se abre la célebre *sima de San Martín*, explorada en años cercanos por varias expediciones francesas y españolas, que descendieron por ella, a través de todo un sistema de galerías y ríos subterráneos hasta una profundidad récord mundial, en su día, de descenso natural. Intentaron después los franceses, por medio de perforaciones desde su territorio, aprovechar hidroeléctricamente un prodigioso salto de agua que, desde el interior de la sima, parece va a aflorar al alto valle de la Soule.

A partir de este paso y del pico de Arlás o de la *Contienda*, que le es inmediato, la línea divisoria describe una gran curva hacia el Sur, para recuperar

más adelante su dirección primitiva Oeste-Este. La cuenca del Valle de Roncal recoge aquí una extensa zona inhóspita de altos picos, y forma una gran curva, que se interna hacia Francia, dejando al sur de ella la cabecera del valle aragonés de Ansó. En estos confines, casi inaccesibles, se alzan a dos mil quinientos metros las masas inmensas del Pico de Anie y de la Mesa de los Tres Reyes, en cuyos desolados parajes, de los más abruptos y remotos de todo el Pirineo, brincan en plena libertad y sin hostigamiento los esbeltos *sarrios* o cabras silvestres y halla su refugio último el oso, que tantas veces cae, a través de las espesas selvas, sobre los ganados lanares roncaleses y franceses. Estos últimos picos del Valle, desde Anié hasta las Agujas de Ansabere o Petrechema, limitan con el valle francés de Aspe, ruta del ferrocarril Canfranc-Pau, cuyos pueblos se divisan ahora microscópicos a dos mil metros de profundidad, casi a plomo de nuestros pies, en el fondo verdísimo del valle. Desde Lescun, el más cercano de ellos, el circo de estos inmensos picos ofrece uno de los panoramas más impresionantes de la cadena pirenaica.

LOS PRIVILEGIOS Y LA EPOPEYA

Roncalés era —y aún es hoy, hasta cierto punto— un calificativo que expresa no sólo de dónde se es, sino también lo que se es; no sólo naturaleza u origen, sino también profesión, gremio y estado: una vinculación colectiva, diríamos. El roncalés era, fundamentalmente, pastor, y secundariamente, agricultor y almadiero; militar cuando llegaba el caso, siempre dispuesto a la ocasión; hombre libre, no sujeto a señorío, de estado noble, con nobleza colectiva de primera calidad. Los tres aspectos de ser roncalés —naturaleza, dedicación y calidad— se derivaban del formar parte de la comunidad roncalesa.

Porque el Valle de Roncal constituyó siempre una comunidad o —como ellos decían— una *universidad* o *cuerpo solar*. La antigua historia poética otorgaba un origen muy ilustre y remoto a este cuerpo solar de roncaleses: Noé tuvo de su hijo Jafet un nieto llamado Tubal, llamado también Aitor, padre de todos los vascos. La confusión de la torre de Babel, situada en Armenia, hizo a Tubal emigrar con otros armenios hasta trasponer el Pirineo, precisamente por el Valle

de Roncal, donde se instalaron con su lengua euskérica, que sería así no sólo la lengua originaria de Iberia o España —el ibero—, sino la lengua madre de la Humanidad. Esta historia, envuelta en el mito y la leyenda, se repite en los alegatos y ejecutorias de los roncaleses desde la más remota antigüedad.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Roncal, como institución, hubo de tener su origen en un pueblo de pastores que, fijado sobre su terreno, establecieron en él un condominio de pastos. Esta mancomunidad todavía subsiste, ya que la mayor porción de su suelo es aún propiedad común del Valle, y lo que hay de propiedad privada procede de adjudicaciones del mismo y sigue siendo común a los efectos de pastos, puesto que nadie puede allí cercar sus fincas ni impedir la entrada en ellas del ganado en la época de «la suelta».

Estos hombres, unidos en un medio de vida común y relativamente aislados en sus apartadas montañas, vivieron siempre la profunda unidad de una pequeña *democracia aristocrática*, en la que, señores todos e iguales todos, no se toleraba preeminencia alguna en su seno ni se reconocía otro señorío que el del rey. Es todavía característico el orgullo de los roncaleses, que los hace incapaces de oficios serviles, y el celo con que entre ellos guardan la más estricta relación de igualdad.

Sin embargo, a pesar de esta cerrada unidad, como «nobleza obliga», los roncaleses se hallaron siempre presentes en las empresas comunes en defensa de la fe o de la Corona. De ellas nacieron unos privilegios colectivos, que los roncaleses mantuvieron celosamente a través de los tiempos. Es curioso que, mientras su

más remota epopeya bélica se cubre con las brumas del mito y de la leyenda hasta hacer dudar a los eruditos de cuándo ocurrieron los hechos, y aun de si ocurrieron, los privilegios derivados de aquellos hechos se conservan hasta nuestros días con una vigencia concretísima, excepcional en los tiempos presentes.

Tres son estos privilegios y honores todavía actuales, recuerdo de otras tantas legendarias batallas. El primero consiste en que todos los roncaleses son nobles «caballeros, hidalgos e infanzones» con derecho a usar como propio el escudo del Valle, de forma tal que para armarse caballero de las órdenes militares basta hoy mismo con probar que un apellido es roncalés de origen para quedar demostrada la nobleza del mismo.

El segundo privilegio consiste en la libertad concedida a los ganados roncaleses de pastar en las Bardenas del Rey. Son las Bardenas unos extensos territorios semidesiertos situados en la orilla izquierda del Aragón, que eran propiedad de la Corona. Es allá adonde se dirige la interminable columna de ovejas roncalesas cuando la nieve cubre los montes, y donde permanecen hasta el retorno de la primavera, estableciendo así una antiquísima y famosa trashumancia.

El tercero de estos honores es todavía más particular, sobre todo en su supervivencia. Consiste en que un valle bearnés del otro lado del Pirineo —el valle francés de Baretous— es tributario del Valle de Roncal y ha de entregar a los representantes de éste, el día 13 de julio de todos los años y en el alto puerto de Ernaz, un tributo de tres vacas y rendirle al mismo tiempo vasallaje y sumisión.

¿Cual es el origen histórico de estos notables privilegios? Respecto al primero, al que los hace nobles a todos y a cada uno, y a sus hijos y descendientes, podemos leer en la confirmación del fuero o privilegio otorgado por los reyes don Juan y doña Catalina de Navarra: *«Y encara en el tiempo del rey don Fortún García obieron (los roncaleses) muerto y vencido al rey de Córdoba llamado Abderramán en cierto lugar que había nombre Olast persiguiendo su ejército, el cual rey había muerto al rey Ordoño de las Asturias y había pasado los montes Pirineos hasta la ciudad de Tolosa, destruyendo los fieles cristianos y la fe católica, so defensión de la cual los dichos roncaleses siempre obieron bravío y victoria y siempre fueron en servicio del dicho rey don Sancho García en semble con los otros valerosos católicos cristianos que defendieron y se conservaron en las montañas y de ahí extendieron la fe católica en las Españas, por lo cual los dichos reyes predecesores nuestros reconocieron y reputaron cada uno en su tiempo que dichos roncaleses fueron, eran y son ingenuos, infanzones y fijosdalgo, y siempre han gozado y gozan de las libertades, honores y preeminencias que los dichos infanzones y fijosdalgo gozan...»*.

Seguramente poco más existirá escrito sobre aquella legendaria batalla, y los historiadores sitúan mal estos hechos, que no suelen figurar en la Historia comúnmente admitida de la Reconquista: ni para Abderraman I ni para ninguno de sus sucesores de este nombre afirman su muerte a manos de los roncaleses. Sin embargo, si a éstos oís cómo cuentan a sus nietos, alrededor de la lumbre, la historia de Olast y

de la cabeza del rey moro, creeréis que ha sucedido hace pocos años y que ninguna oscuridad la rodea. «El año 785 del Señor fue muy sonado el paso del Pirineo por Aragón de Abderramán I, el gran rey de Córdoba, con su ejército. Fugitivos horrorizados llegaron entonces a Roncal contando las crueldades y el exterminio que a su paso dejaban aquellos salvajes del Africa. Llegaron los moros, en aquella sangrienta expedición, hasta Tolosa, bien adentro de la Galia. A la vuelta decidió el rey moro hacerlo por los pasos de Val-de-Roncal, castigando así de paso a los habitantes del Valle, que habían rechazado hasta ahora todas las incursiones musulmanas. Arrasándolo todo, a sangre y fuego, descendieron aquellas sanguinarias huestes desde los puertos de Francia. Los roncaleses, en número y fuerzas insignificantes al lado de los invasores, se reunieron en la soledad de los montes mientras sus pueblos eran saqueados e incendiados. No quedaba para los hombres más esperanza que la muerte, ni otra suerte para las mujeres que la esclavitud. Entonces unos y otras decidieron lanzarse a una muerte cierta, pero honrosa, en la pelea. Descienden juntos de los montes y caen sobre las avanzadas infieles en unos amplios campos cercanos a Burgui, en el fondo del Valle. En aquel lugar, llamado Olást, emprenden furiosamente el desigual combate, sin otra esperanza que morir valerosamente por la fe.

»Quiso Dios, sin embargo, que al poco de la lucha, y como por milagro apareciese en aquel lugar el rey de Navarra, don Fortún García, con unas agueridas huestes de navarros. Conocedor este rey del inminente retorno del ejército árabe, había decidido

intentar una escaramuza de castigo, y su llegada coincidía con el desesperado intento de los roncaleses. El júbilo y el ardor que este providencial encuentro produjo a unos y otros cristianos, el desconcierto de los enemigos al ignorar qué fuerzas se les venían encima, ocasionaron pronto su rápido y desordenado despliegue hacia la desembocadura del Valle. Pero en la persecución los naturales tenían ventaja, y decidieron sobre la marcha no dejarla sin provecho. Ellos conocían los pasos de cañada en la sierra de Leire, que les permitirían caer de improviso sobre el núcleo del fugitivo ejército. Y así fue cómo la vanguardia roncalesa logró alcanzar a orilla del Aragón, en un pueblo llamado Yesa, al ejército musulmán y penetrar en el propio cuartel real hasta hacer prisionero al mismo rey. Y cuéntase que, cuando los hombres deliberaban en el puente de Yesa sobre la suerte que habría de darse a Abderramán, se adelantó una mujer roncalesa y con un puñal segó la cabeza del moro. De lo cual tomaron los roncaleses su antiguo escudo, que usan todos como propio y como timbre de su nobleza: un puente y, sobre él, la cabeza sangrante de un rey moro. En el campo de Olast existió una carcomida piedra, que representaba una cabeza de moro con corona, y por Yesa discurre todavía el río Aragón bajo las ruinas de un viejo puente, que se conoce por *Puente de los Roncaleses*.»

¿Habrá que atenerse a la Historia, que no encuentra cabida para estos hechos, y relegarlos al mundo del mito y la leyenda? ¿O esperar que un día la crítica histórica dé la razón, como tantas veces, a la tradición oral? En todo caso, ahí tenemos, vivo todavía,

el privilegio y el fuero que todos los reyes y poderes, desde la más remota antigüedad, han respetado. Ahí la exención de los impuestos y servidumbres propios del estado llano, que todos los reyes reconocieron y ratificaron, y que los roncaleses defendieron encarnizadamente de cualquier mengua o torcida interpretación. Así, cuando en 1751 la Diputación de Navarra pretendió que el ser roncalés *sólo justificaba una sencilla y local hidalguía, insuficiente para el asiento en Cortes Generales*, hubo de declararse vencida y reconocer su error, disculpándose con no conocer todos los documentos aducidos.

No menor concreción histórica tiene para los roncaleses la victoria que les valió el disfrute a perpetuidad de las Bardenas Reales para pasto invernal de sus ganados. El año 821 avanzaba una fuerte columna mora contra los reductos de las montañas de Navarra cuando el rey don Sancho García, hijo de don Fortún, les salió al paso en la comarca casi desértica de las Bardenas. Llevaba el rey en su vanguardia y en torno a él a los roncaleses, que habían ganado este puesto de honor en la batalla de Olast. El encuentro tuvo lugar en Ocharren, un pueblecito que entonces existía en dicho territorio; y fue tan completa la victoria sobre los moros y su dispersión, que allí mismo don Sancho García concedió a los roncaleses la guarda y usufructo perpetuo de aquella seca y feraz comarca —útil sólo para pastos—, por donde sigue subiendo y bajando desde hace más de mil años la columna blanca e interminable de sus ganados.

EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS

El origen del tercero de estos honores, todavía en vigor, no está propiamente en un privilegio sino en el pacto que puso final victorioso a una legendaria guerra entre Valles. No existe, sin embargo, una concreción histórica, ni aun en la memoria colectiva de los roncaleses, sobre el origen del mismo. Me refiero al Tributo de las Tres Vacas y al vasallaje que les rinden desde tiempo inmemorial y sin interrupción los habitantes del valle de Baretous, confinante al otro lado de la divisoria. Veamos cómo describen este privilegio los propios roncaleses en su ejecutoria: *«No es fácil que en Navarra, ni en otro reino ni provincia, se halle honor tan singular como el que reside en el Valle de Roncal, de serle tributario de tiempo muy antiguo el valle de Baretous, sus vecinos, vasallos del rey cristianísimo (de Francia), de tres vacas del mismo dentaje, pelaje y cornaje, que le entrega todos los años en el límite, confín y división de ambos reinos, y el pleito homenaje que le prestan los de Baretous*

de mantener paz y subordinación a los roncaleses; y si en alguna ocasión se les ha repugnado alguna de las tres vacas por defecto de alguna de las tres calidades, la han repuesto de noche en la plaza de Isaba, huyendo del sonrojo de ser vistos en esta acción, sin que el valimiento que han tenido en España los franceses haya podido lograr la libertad de tributo tan remarcable.»

Nadie sabe nada a ciencia cierta sobre el primitivo origen del Tributo, cuyo cumplimiento preexiste a todos los testimonios escritos. Junto al lejano puerto de Ernaz o de la *piedra de San Martín*, donde tiene lugar la ceremonia del tributo, se alza el pico de Arlás (2.150 metros), que se llama también *de la Contienda*, y los franceses llaman a todo ese macizo *de Contende*, en memoria, sin duda, de la primera y legendaria lucha que dio lugar al perdurable tributo.

Algunos autores remontan este origen a la invasión cimbérica siglo y cuarto antes de Jesucristo. Según esta arriesgada versión, los cimbrios habrían encontrado un aliado espontáneo contra los roncaleses en los de Barettous, y la derrota de los invasores y sus eventuales aliados acarrearía a éstos una sumisión y tributo perpetuo a sus vecinos. Parece, sin embargo, más verosímil situar su origen en la alta Edad Media, en la que no eran raros tributos de este género de comarca a comarca.

Corrientemente, los franceses atribuyen al Tributo una antigüedad de cuatro siglos, situando su origen en la guerra de 1373, de la cual datan los primeros documentos históricos sobre el mismo: pero esto es un error.

Precisamente la causa de esta guerra se halla en que el tributo había dejado injustificadamente de pagarse, lo cual originaba un violento estado de tensión entre los roncaleses y sus vecinos. En estas circunstancias, surgió un incidente que, sin ellas, difícilmente podría haber dado origen a una guerra.

Un día se encontraron un vecino de Isaba, Pedro Carrica, y un baretonés, Pierre Sansoler, junto a una fuente que hay en lo alto del puerto, del lado roncalés de la frontera. Parece ser que hubo un conflicto de derechos, pues Sansoler había llegado antes con sus ganados, y Carrica, como isabarre, tenía prioridad en aquella fuente, situada en territorio de su Valle. Y como la condición para la buena amistad y mutua tolerancia fronteriza en cuestión de ganados era el pago del tributo, no estaban los roncaleses dispuestos a ceder en nada de su derecho. Entablóse una disputa que degeneró en riña y en la cual resultó muerto el bearnés.

Al enterarse de la desgracia ocurrida a su hijo, el padre de Pierre se presentó ante los alcaldes del valle de Baretous pidiendo venganza. Se organizó al efecto una expedición, al mando de Anginar Sansoler, primo del muerto, que se encaminó inmediatamente al puerto, donde esperaban encontrar a Carrica con sus ganados; pero como no lo encontraron, emprendieron inmediatamente el descenso a Belagua.

En el llano estaba la mujer de Carrica, que se hallaba encinta, escardando un sembrado. Los baretoneses se le acercaron, preguntando por su marido, y cuando ella les contestó que debía estar en el puer-

to con los ganados, se arrojaron sobre ella y la mataron, ensañándose después atrozmente con el cadáver.

La noticia de estas ferocidades causó en Isaba el efecto que es de suponer, y Carrica, con sus parientes y vecinos, traspusieron el puerto y, a la caída de la noche, se encaminaron a casa de Anginar Sansoler, derribaron la puerta y penetraron en la cocina, donde la familia estaba celebrando con un banquete la hazaña de Belagua. Irrumpieron violentamente los roncaleses y, en medio de tremenda confusión, se arrojaron sobre los aturcidos comensales. Pedro Carrica se encaró con la mujer de Sansoler, que allí estaba, aterrada, protegiendo a su hijo con los brazos: «Aunque debía matarte —le dijo— como tu marido ha matado a mi mujer, voy a perdonar tu vida y la de tu hijo, y la de un hombre que tú elijas para que cuide de los dos».

Ella eligió a un hermano suyo, que fue respetado, mientras Sansoler y todos los demás hombres presentes fueron degollados. Pero una criada había logrado burlar la vigilancia y pasó aviso al pueblo de Arette. Los de Arette se ocultaron en un lugar por donde tenían que volver los roncaleses y, conforme éstos pasaban, los fueron matando silenciosamente en la oscuridad.

Con tan sanguinario principio, puede imaginarse lo que llegaría a ser la guerra entre los dos valles. Alarmados, los soberanos de ambos países intentaron restablecer la paz, ordenando a ambos valles que sometieran sus querellas a la superior autoridad. Los dos soberanos —Carlos II de Navarra, y Gastón, príncipe del Bearne— se reunieron en Ansó y convocaron a

un obispo de cada parte. Pero estos intentos fueron inútiles: los dos valles, persistieron en su cruenta lucha, que culminó en la batalla de Aguincea. Hasta hace poco podían verse en lo alto del puerto unas piedras, estelas circulares de tipo vasco, que según la tradición eran lápidas sepulcrales de los muertos en esta batalla.

Al fin, los de Baretaus cedieron y mandaron un emisario a los roncaleses pidiendo una tregua y proponiendo someterse al arbitraje de la villa aragonesa de Ansó. Aceptaron los roncaleses la propuesta, y tras un juicio oral en que ambos valles expusieron ante el tribunal nombrado por Ansó sus agravios y pretensiones, dictaminó éste que podían considerarse equivalentes los daños causados por la guerra en ambos valles, pero que el de Roncal tenía razón en exigir al de Baretaus el pago del tributo y que, por consiguiente, debían los baretoneses comprometerse a pagarlo en adelante. Fijóse como fecha para el pago la del 13 de julio, y habiendo aceptado los bearneses la sentencia, quedaron como sus fiadores ante Roncal las villas de Ansó y Oloron, que ofrecieron como fianza su iglesia parroquial y su catedral, respectivamente.

Desde entonces, el tributo no se ha interrumpido seriamente hasta nuestros días.

En 1794, en plena guerra de la Convención entre España y Francia, los baretoneses dejaron de pagar el tributo. Pero éste es asunto exclusivo de roncaleses y baretoneses, en el que nada tienen que ver ni Navarra ni el Bearne, ni España ni Francia, y se ofició, por tanto, a los deudores para que bajaran a

Isaba las vacas sin excusa ni tardanza, lo que hicieron a los pocos días. Ya en nuestra época, en el último año de la guerra mundial (1944), los alemanes del ejército de ocupación en Francia impidieron la realización de la ceremonia por temor a la deserción en masa de franceses hacia nuestra Patria; pero en los años sucesivos fueron los bearneses pagando las vacas de aquel año, hasta que los roncaleses les perdonaron la tercera, en atención a las circunstancias por que habían atravesado.

Os contaré cómo se realizaba hasta hace muy pocos años el Tributo de las Tres Vacas. La noche del 12 de julio de cada año, los alcaldes y autoridades del Valle que habían de subir a la ceremonia pernocaban en la Venta de Arraco, que ya conocemos, en el llano de Belagua. En cuanto apuntaba el sol del día 13, la comitiva oficial —con buen o mal tiempo— se ponía en marcha remontando el *puerto grande* hacia la áspera zona de Larra, tras la que emergen los agudos picos de Arlés y de Anie. Cuando el tiempo era bueno, un nutrido grupo de roncaleses y forasteros acompañaba a la comitiva.

Después de tres o cuatro horas de esforzada marcha se avistaba el puerto de Ernaz, en cuya cumbre divisoria se halla la muga de frontera conocida por *piedra de San Martín*.

A aquella altura, cercana a los dos mil metros no hay apenas vegetación ni hace nunca calor. El suelo es de peña desnuda, blanquísima, resquebrajada por la erosión. Poco a poco, entre las nueve y las diez de la mañana, iban llegando los grupos de las dos vertientes, los franceses desde Arette y Aramits, con no

menor jornada que los de Roncal. Acudían también todos los pastores que se hallaban con sus ganados en las *bordas* de los puertos. El aspecto que pronto ofrecía aquel abrupto paraje resultaba muy curioso: franceses y francesas en *shorts*, pastores roncaleses con gruesos *espalderos* de piel de cabra *l'kepis* de gendarmes franceses, gorras de carabineros españoles, formaban un abigarrado conjunto, lleno de contrastes y de pintoresquismo especial. Parientes de ambos lados del Pirineo que se veían una vez al año, exiliados de la guerra de España, ausentes lejanos departían libre y animadamente en esta popular romería.

Hacia las diez llega el momento de la ceremonia. En torno a la muga fronteriza, que es la piedra de San Martín, se sitúa el alcalde de Isaba, que se ha revestido de su traje y sombrero de roncalés, con capote y valona, que es su forma más solemne, y con la vara de su autoridad en la mano. En torno a él, los otros representantes del Valle, el secretario de la Junta y los testigos. Enfrente, al otro lado de la muga, los alcaldes franceses de tres pueblos, con las bandas tricolores, símbolo de su autoridad. Entonces, hecho silencio por los guardas del Valle, pregunta el alcalde roncalés en tono enérgico: *¿Venís dispuestos, como en años anteriores, a pagar el tributo?* Y los alcaldes baioneses contestan, también en español: *Sí señor*. Reitera el roncalés hasta tres veces su pregunta, obteniendo igual respuesta. Pronuncia entonces el alcalde la fórmula *Pax avant* —paz en adelante—, que repiten los bearneses.

Se procede a continuación a la ceremonia de las manos, consistente en ponerlas superpuestas unos y

otros encima de la piedra, en señal de paz, y, sobre todas, la del alcalde de Isaba, en testimonio de su autoridad. Acto seguido acercan los baretoneses las vacas que han subido, entre las cuales los roncaleses eligen tres que son reconocidas por el veterinario de Isaba antes de ser aceptadas.

En fin, el alcalde roncalés, como presidente del acto y señor del territorio, toma juramento de fidelidad a los guardas de montes, tanto roncaleses como baretoneses, y, recibido aquél les despide, diciéndoles: *Si así hacéis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande*. Pide, por último, a los circunstantes que si alguno tiene algo que alegar sobre la paz observada en el año que termina dé un paso al frente.

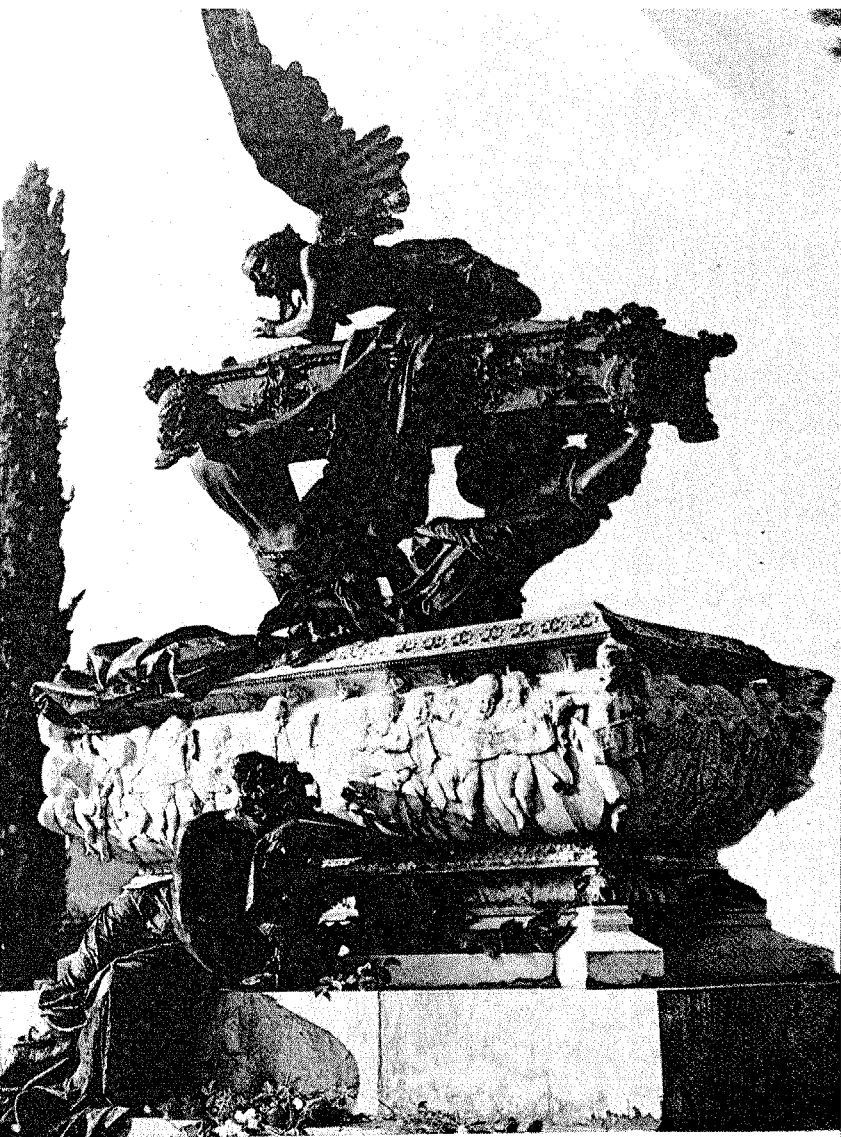
Terminada la ceremonia, y en un cubierto que se habilita al efecto, los roncaleses ofrecen una succulenta comida, exclusivamente de carne, a los alcaldes y a las autoridades españolas y francesas que se hallen presentes, comida que se termina con un café ofrecido por los franceses. Durante este almuerzo, en que se habla siempre en castellano, como en toda la fiesta, se confraterniza y se bebe en abundancia. Se da también buen vino español al público en general, aunque sin exceso, porque a aquella altitud los franceses muestran una afición excesiva hacia el vino y la *aniseta* españoles, y los roncaleses hacia las *jeunes-filles* francesas.

(He dicho que se realizaba así hasta hace muy pocos años, no porque haya dejado de celebrarse el Tributo con el ceremonial descrito, sino porque la reciente apertura de la carretera a Francia precisamente por la Piedra de San Martín ha quitado mu-

cho de su encanto y misterio al singular acto. La facilidad de acceder en coche desde ambos países hace que acuda hoy una gran multitud de turistas, bien ditintos a quienes antaño habian de recorrer muchas horas de montaña abrupta hasta encontrarse con sus vecinos en la soledad pétrea de aquel remoto collado.)

Otros privilegios del Valle, como la exención del servicio militar fuera de sus fronteras y el libre comercio con Francia, no subsisten hoy aunque fueron los roncaleses los últimos en perderlos. La libertad de aduanas con Francia se halla reducida actualmente al día de Ernaz o del Tributo de las Tres Vacas. En cuanto a la exención del servicio militar ordinario, permaneció para los roncaleses más tiempo que para el reino de Navarra. Por la Real Cédula de Carlos III, en 1773, se estableció el sorteo y reclutamiento en Navarra, a pesar de las protestas de la Diputación, que denunció el contrafuero. Los roncaleses, por su parte, se amotinaron contra el acuerdo del Real Consejo, que pretendía incluirlos, y se negaron a renunciar a sus privilegios, consiguiendo que se revocase el acuerdo.

En contrapartida de este derecho tenían los roncaleses el deber de mantenerse durante toda su vida útil prestos para sostener en cualquier momento sus fronteras en defensa del rey y bajo las órdenes de su alcalde mayor y *capitán a guerra* del Valle. A este efecto guardaban armas en sus casas y se celebraba anualmente alarde de armas y revista militar por el capitán del Valle. En todo caso, la guerra que declaraba el rey, el Valle la hacía suya en señal de autonomía. Y cuando, en la procesión de la Virgen del Cas-



Mausoleo de Gayarre, obra de Benlliure



Pareja roncalesa
(Foto Beunza y Colado)

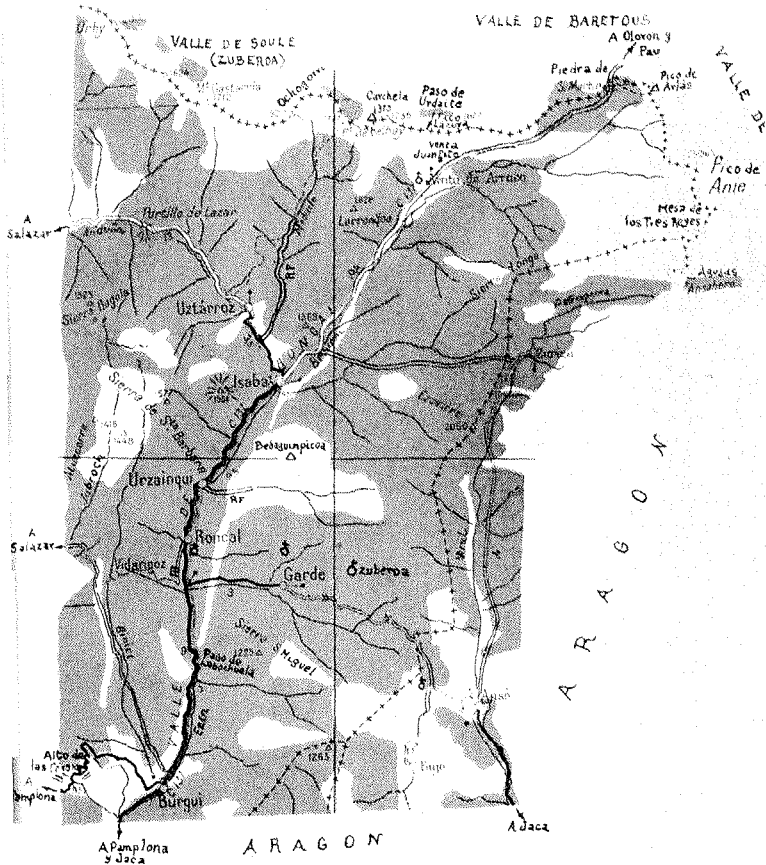


El traje roncalés
visto por Sorolla

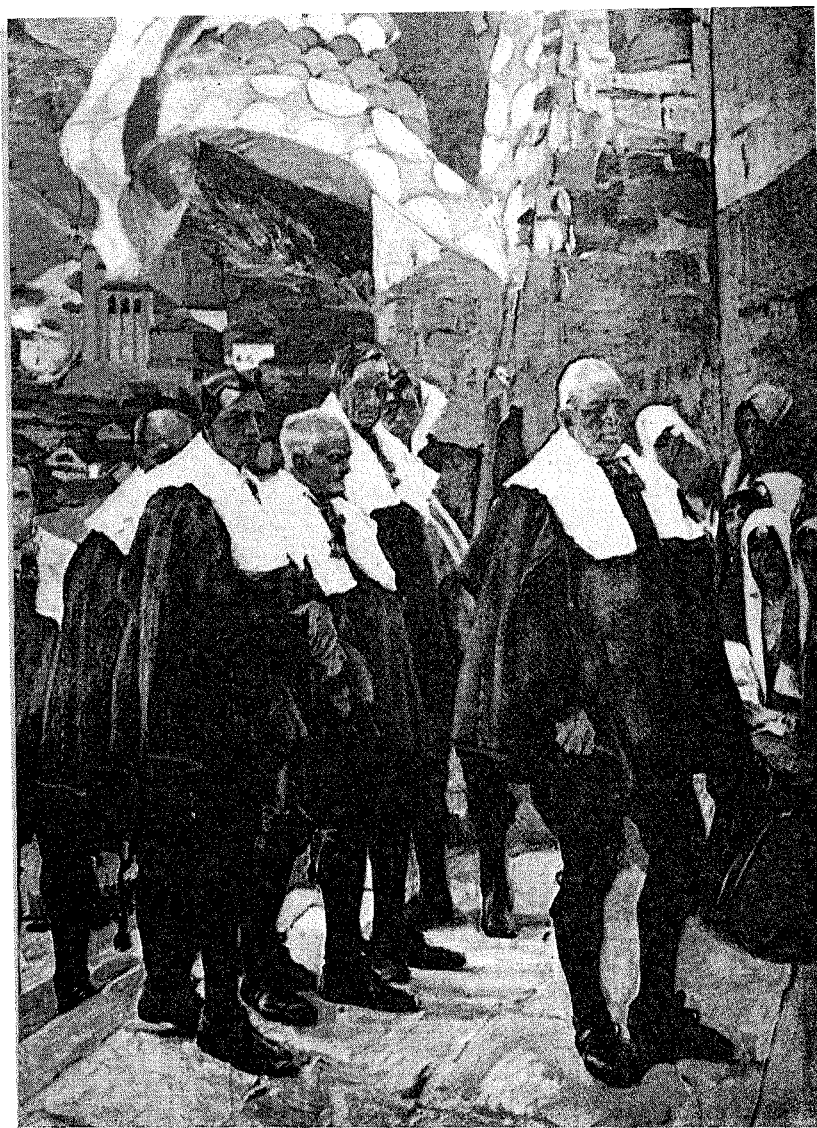


Roncal (Foto Sicilia)

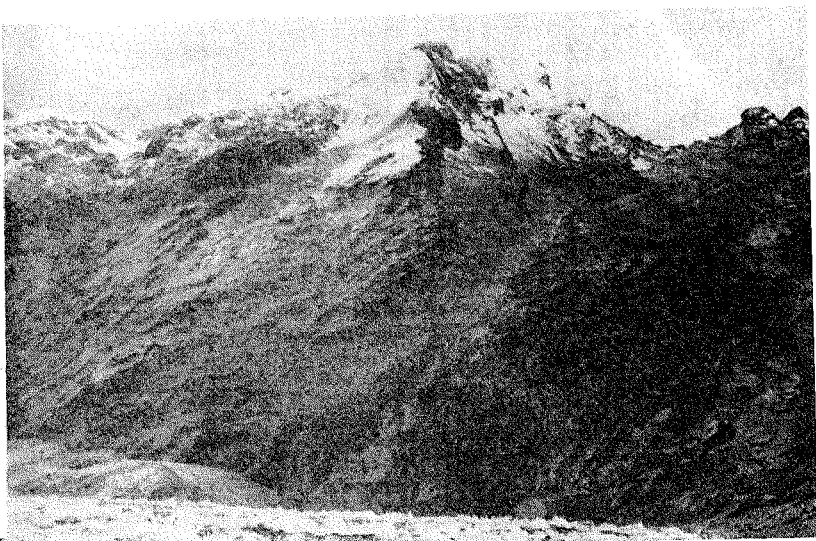
F R A N C I A



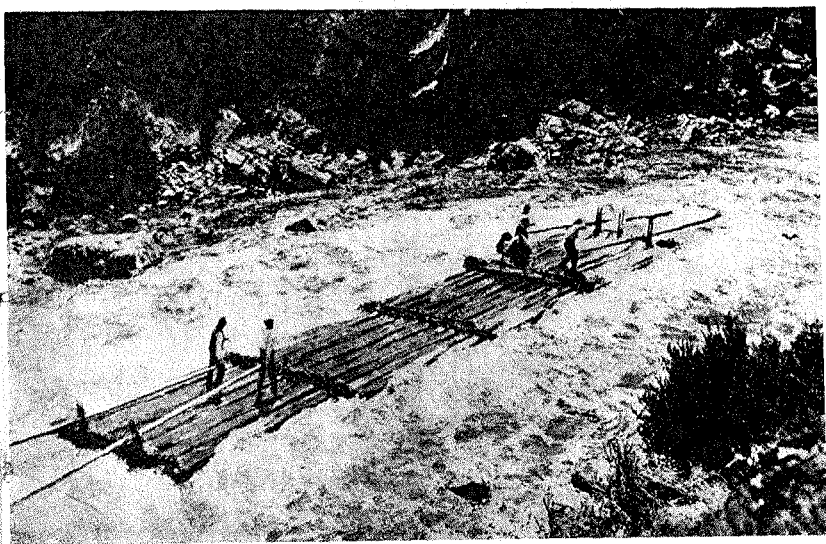
Mapa del Valle de Roncal (Escala 1: 200.000)



La Junta General del Valle. Cuadro de Sorolla



Mesa de los Tres Reyes (2.434 mts.)



La última almadía



El Conde Pedro Navarro
(1460-1528)



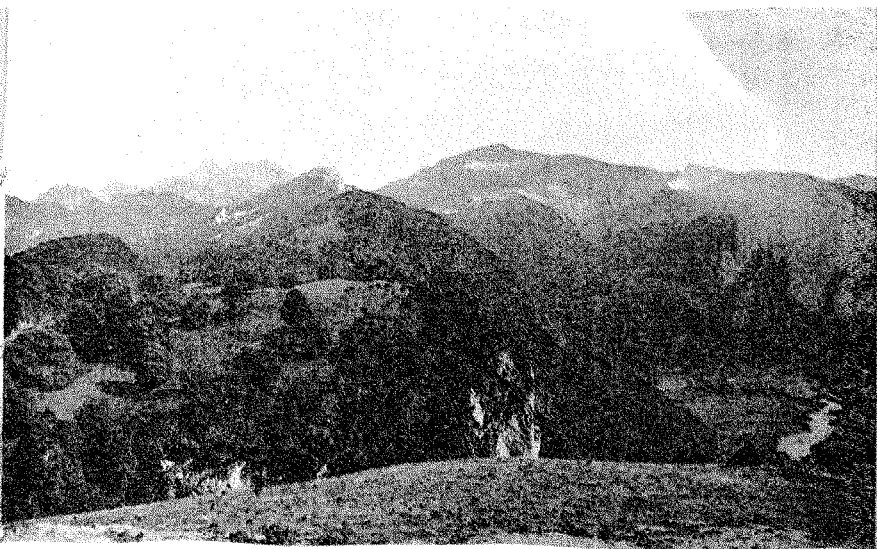
Gregorio Cruchaga
(1789-1812)



Pedro Vicente Gamba
(1750-1820)



Julián Gayarre (1844-1890)
(Cuadros de Escartín Bescós)



El rincón de Belagua



Isaba. Al fondo, la Peña Ezcaurre (Fotos Peñarroya)



Desde las Agujas de Ansabere
(Foto Bergas)



El sarrio (Foto Sicilia)



Peña Ezcaurre (2.050 mts.) (Foto Peñarroya)

tillo, en Roncal, se pasaba por un alto en que se domina una gran vista sobre el Valle, los *escopeteros*, que en traje roncalés daban guardia a la sagrada imagen, disparaban unas descargas a modo de salvas mientras el abanderado, dando cara al Valle, bandeaba la bandera en señal de dominio y posesión del mismo por los roncaleses.

LA COMUNIDAD

He dicho que los roncaleses no estaban unidos sólo por su naturaleza y origen, sino también por un modo de vivir común y por el compartido disfrute de unos mismos privilegios y de un suelo que es de todos, comunal. O, lo que es lo mismo, que formaban una comunidad o *cuerpo solar* que no se distinguía sólo por los símbolos comunes del escudo y la bandera, sino que se atenía también a un modo uniforme de vestir y se regía por una leyes locales u *ordenanzas* propias.

El traje roncalés, considerado hoy para el folklore como el traje típico navarro, es uno de los más severos y señoriales entre los populares de nuestra Patria.

Vestían los roncaleses, como traje de etiqueta, a usanza de los antiguos caballeros, uno de paño negro, con chaqueta, chaleco y calzón corto, ajustado a media rodilla con trencillas rematadas en borlas, media negra y zapato bajo con hebilla plateada, rodeando además su cintura con la clásica faja ancha morada. Sobre este traje, para solemnidades de iglesia y actos

oficiales de importancia, llevaban *capote* de paño negro con ribetes encarnados y *valona* blanca de lino, planchada con pliegues en la parte rodeando el cuello y lisa en los colgantes delanteros. Usaban en todo momento sombrero redondo de fieltro grueso, con barboquejo que colgaba lateralmente, terminando en borlas.

Las mujeres casadas o de edad llevaban falda negra, y las solteras, doble falda azul, recogida la de encima hasta la cintura, mostrando la ancha faja roja del revés, llamada *haldar*; y de la cintura arriba la prenda llamada *justillo* (corpiño), cerrado por delante con cordones y decorados sus bordes con ribetes de galón de plata u oro, o bien de cinta de seda recamada con lentejuelas. Rodeaban el cuello con collares —*gargantillas*— de cuentas multicolores de cristal, y de él pendía también una alhaja llamada *vichi*, especie de dije colgante sujeto por una cinta de terciopelo negro. Las mantillas para la iglesia, de paño negro las de las casadas y de rojo o azul las de las solteras, eran de corte semicircular y adornadas en sus bordes por ancha cinta de galón o de seda bordadas en negro o en colores.

Hace no más de cincuenta años, todos los habitantes del Valle —hombres y mujeres— vestían el traje roncalés cuyo uso se hallaba preceptuado en las Ordenanzas. Sólo la amplia toca de las mujeres había desaparecido a finales del siglo XVIII, sustituida por la mantilla de paño. La apertura de la carretera, hace un siglo, determinó la rápida pérdida del inmemorial atuendo que confería a los roncaleses un porte de extraordinaria dignidad, respetado en todas partes

como de hombres libres, valerosos y cultivados. Hoy se halla reducido su uso a algunas solemnidades corporativas, como las Juntas de Valle, y a la ceremonia de recepción del Tributo. Sólo un corto número de ancianos se mantienen fieles al traje de sus mayores, que no se han quitado jamás, y un más amplio número de mujeres usan todavía la mantilla roncalesa para asistir a la misa dominical.

Cosa semejante sucedió con la lengua roncalesa, que era la forma más recia y melodiosa del vasco, un vascuence en que se encuentran las raíces más puras y primitivas de esa lengua, quizá la modalidad troncal del idioma, de la que se derivaron sus múltiples formas dialectales. Los roncaleses fueron, de tiempo inmemorial, bilingües. La lengua oficial y la que hablaban los hombres entre sí era, espontáneamente, la castellana. El roncalés, a pesar del remoto aislamiento de su Valle y de la independencia de sus instituciones, fue siempre un hombre abierto y —diríamos— progresivo; sabía leer y leía en los tiempos en que esto no era común entre campesinos y pastores, y por dondequiera que pasaba, al frente de sus ganados o a bordo de sus almadías, era considerado como un hombre culto. De aquí que hoy se hable en Roncal un castellano correctísimo y elegante cuyas singularidades son casi siempre arcaísmos y no corrupciones ni influencias extrañas. El vasco, en cambio, era la lengua del hogar y casi la exclusiva de las mujeres entre sí. En torno a la cocina y en el *egoidiar* —la tertulia de mujeres haciendo labor, al anochecido— no se hablaba, hasta hace algo más de medio siglo, más que el vascuence roncalés.

La carretera, abierta hacia zonas de Aragón y de Navarra en que no se habla el vascuence, condenó también a muerte la lengua vernácula de los roncaleses. Hoy no pasarán de la docena los viejos que en el Valle podrían hablar en el idioma de sus antepasados. Fue hace unos años, en el verano de 1954, cuando un grupo de lingüistas y vascófilos de Guipúzcoa impresionó en cinta magnetofónica estos restos declinantes de una lengua y una cultura milenarias.

Es curioso observar las ordenanzas por las que se regían estos pueblos para comprender el vigoroso ambiente en que vivieron, tan distinto del individualismo de las sociedades contemporáneas. Existían —y continúan en parte vigentes— *unas Ordenanzas del Valle*, que regulaban la mancomunidad de pastos, los aprovechamientos de madera, el disfrute de las Bardenas, etcétera. Pero había otras, hoy desaparecidas, referentes a las costumbres y régimen interno de cada una de las siete villas, más interesantes como más cercanas a la vida de los hombres y de las familias. Unas y otras nacieron de los propios pueblos en un remoto origen y fueron reformadas o adaptadas de tiempo en tiempo. Las de la villa de Roncal se reformaron por última vez en 1594, y, entre otras muchas cosas, disponían lo siguiente:

1. Primeramente, por cuanto en el día del Cuerpo de Ntro. Sr. Xto., de tiempo inmemorial a esta parte se ha usado hacer una procesión general saliendo de la parroquia hasta San Miguel, yendo descalzos todos los vecinos, hombres y mujeres de la Villa..., estatuimos que así se haga y observe...

11. Item, por cuanto en los días de Corpus Xti. y San Cristóbal, de tiempo inmemorial a esta parte,

se ha usado hacer caridad y verse y comer juntos todos los vecinos de la Villa y dar limosna a los pobres y extranjeros que vinieran a ella, y es justo que una cosa tan antigua y bien fundada con buena intención por los antepasados de la Villa se prosiga y conserve: asentamos por Ordenanza perpetua que las dichas caridades se hagan como hasta ahora, y mejor si se pudiere, y que si hubiera entre los vecinos algunas enemistades y enojos y estuviesen fuera de caridad, que en los dichos días tengan cuenta los alcalde y jurados de la Villa de hacerlos amigos y ponerlos en amor y caridad y hacer paces entre ellos...

33. Item, por cuanto era costumbre y ordenanza antigua que los cuarteles y alcabalas que en cada año se deben al Rey N. S. se paguen los del año en el año, lo cual a veces se ha dejado de pagar y por ello ha venido daño así al Concejo como a los vecinos de la Villa, porque después han debido vender la mejor alhaja o prenda y se han perdido o venido a menos muchas casas... Por cuanto queriendo remediar un daño tan grande y reducirlo a la dicha costumbre antigua, los jurados harán pagaderos dichos cuarteles cada uno en un año, la mitad por la Navidad y la otra mitad por San Juan Bautista.

44. Item, asentamos y ordenamos que los quiñones del llano de Ernega (*huertas repartidas por el Concejo*) ni se puedan vender ni enajenar, y que cada uno tenga y goce de su parte, so pena de que la tal venta sea nula, a más de incurrir en pena de dos florines, y en caso de que alguno tuviere tanta necesidad que, oprimido por ella, hubiere de vender, que comunique la necesidad a los regidores de la Villa, y ellos, a tasación de personas de ambas partes, lo hayan de comprar y quede para el Concejo.

98. Item, asentamos que por cuanto el hospital es la casa donde se alojan y albergan los pobres de Dios con quienes se debe usar de toda caridad y misericordia, los alcaldes y jurados de la dicha Villa tengan especial cuenta de visitarlo muy a menudo y remediar

las necesidades que hubiere de los bienes de la Villa, so pena de que si algún daño hubiere por negligencia de dichos regidores, se haga reparar a costa de ellos.

En la dicha Villa de Roncal, domingo, a los quince días del mes de mayo de 1594 años, en la Casa Concejil, juntados y congregados en Concejo los alcalde, jurados y vecinos de ella, a toque de campana, como lo tiene por costumbre, donde se hallaron Juan Laborería, alcalde; don Pedro Ros, abad; Miguel Ornat...

Una personalidad colectiva tan acusada como la de este Valle sólo podría lograrse mediante una gran permanencia y vigor de la institución familiar. La piedra angular de aquella sociedad era la familia, hasta el extremo de que el pueblo o el Valle se concebían como una federación de familias que viven reunidas. Pero la familia, en estos Valles, se prolonga a través del tiempo mediante la institución del patrimonio familiar. Cada casa es, en Roncal, un conjunto de bienes que permiten de alguna manera la vida a una familia. Las cien casas o patrimonios de la villa de Roncal, por ejemplo, podrían reconocerse con sus mismas propiedades si remontásemos dos o tres siglos en el pasado. Los apellidos de sus dueños habrán variado, porque a menudo se realiza la sucesión a través de una hija, pero no el nombre ni los bienes de la casa.

Este efecto puede lograrse porque no rige allí, para las sucesiones, el Código Civil, que exige el reparto entre los hijos, sino el derecho consuetudinario, con libertad de testar. Así, cuando en una familia existen varios hijos, van éstos «colocándose» durante la vida de los padres, sea casándose «a otras casas», don-

de tal vez exista sólo una hija, sea adoptado en la que no exista sucesión, sea adquiriendo una profesión o el estado religioso que les lleve a salir del pueblo. La elección por el padre de un hijo «para casa» se realiza así, generalmente, por exclusión. Los hermanos y hermanas solteros, en fin, quedan en la casa paterna por derecho propio.

La propiedad adquiere de este modo un sentido de permanencia y de afecto que la vincula para siempre a sus moradores naturales, evitando que pase a manos extrañas. Las Ordenanzas favorecen también esta permanencia y defienden los patrimonios. Las del Valle establecían condiciones difíciles para otorgar la vecindad en los pueblos al exigir, además de una larga permanencia en el Valle, expediente de limpieza de sangre e hidalguía. En las Ordenanzas de la villa hemos visto cómo se defiende a los patrimonios, incluso de que se arruinen por la mala administración de sus dueños, exigiendo un ordenado pago de los tributos, y cómo se previene que, si la ruina se hace inevitable, los bienes sean adquiridos por el pueblo en honrada tasación, haciendo que no salgan de la comunidad.

Las casas parecen así construidas para durar eternamente. Son de piedra ennegrecida por el tiempo, con portadas —generalmente góticas— de grandes sillares, y no se apoyan en medianerías, sino en sus cuatro paredes propias, dejando entre unas y otras estrechos *recartes*.

La vida familiar era allí patriarcal. El padre de familia no pierde su autoridad mientras vive, y a él se hallan sometidos los «amos jóvenes», es decir, el

matrimonio destinado «para casa» que con él vive. La unidad familiar tenía tanta importancia que su vida se organizaba de un modo casi completamente autárquico, capaz de fabricar y obtener todo lo necesario para su mantenimiento. Se hilaban y tejían prendas de lana y de lino, se sembraban empinadas parcelas de trigo y cebada para el consumo de la casa, se cultivaban pequeñas huertas para frutas y hortalizas, se amasaban pan, se hacían quesos, se criaban gallinas, cerdos y cabras para leche; se cazaban palomas, perdices, ardillas, sarrios y jabalíes, se pescaban truchas, se fabricaban cubiertos de boj, muebles tallados, abarcas de cuero..., limitándose la importación a vino, sal y joyas para el traje de roncalesa.

En invierno, cuando el puerto se cubre de densas boiras y el cierzo helado trae las primeras nieves, la vida se concentra en las cocinas. Los elementos jóvenes y bulliciosos solían antes ausentarse: los mozos, a la ribera, con los ganados, o río abajo, con las almadías; muchas mozas, a través del puerto, hacia el alegre y templado valle francés de La Soule, a trabajar en las fábricas de alpargatas de Mauleon y ahorrar así para su ajuar. Lo dice la copla nostálgica:

*Ya van las mozas a Francia;
los mozos a la ribera.
Ya nos quedamos solicos
hasta la otra primavera.*

La cocina roncalesa está constituida casi exclusivamente por la inmensa campana o chimenea rectangular, negra por el humo de siglos. Bajo ella, el

fuego abundante de gruesos troncos de roble, y sobre el *tedero* unas resinosas teas que mantenían la iluminación en la noche. Adosado a la pared se halla el *escaño*, banco de alto respaldo de madera tallada, y en él presiden la escena las personas mayores de respeto, a los lados de la mesa *cadiera*, abatible. En un lienzo próximo de pared lucen las *espeteras* con utensilios de cocina, de reluciente cobre. Sobre el cercano arcón de talla vasca brilla el cobre de la *herrada*, en que se traía agua fresca. De las negras *ernayas* (vigas) de la cocina cuelgan, en fin, los largos hilos de judías verdes secándose al humo para conservarse a lo largo del invierno.

LA EDAD MODERNA

Después de la conquista de Navarra por Fernando el Católico y de la capitulación especial que los roncaleses otorgaron, en 1512, ante el duque de Alba, la pacífica incorporación de toda Navarra a la Corona de Castilla y a las empresas españolas fue un hecho rápido y sin complicaciones. Sin embargo, para los navarros, la aceptación de los Austrias como sus reyes legítimos no llegó a ser un hecho libre de toda sombra de duda, y los mismos piadosísimos reyes de aquella Casa no dejaron tampoco de experimentar por su parte frecuentes escrúpulos sobre sus títulos de conquista. Cosa distinta fue cuando advino al trono español la Casa de Borbón, descendientes de los antiguos reyes de Navarra, que volvían así al trono de su patria de origen y de las restantes Españas; sabido es que los príncipes franceses de esta Casa nunca dejaron de titularse «reyes de Francia y de Navarra». Es entonces cuando se consuma la cordial

y que se apareció a un pastorcillo en lo más intrincado del monte de Garde, donde hoy se venera. A esta imagen acudían hasta hace no muchos años, atravesando en caballerías los puertos de Francia, las *auchas* (francesas) posesas o endemoniadas, que esperaban de la imagen verse libres de la influencia diabólica. Análogo origen tuvo la *Virgen del Castillo*, celestial patrona de la Villa de Roncal, a cuyos pies acuden todos los años los roncaleses a cantarle sus ingenuos gozos, en los que se declara cómo su piedad la condujo desde San Juan de Pie de Puerto, en la Navarra francesa, hasta el lugar en que hoy se venera.

Otra gran figura roncalesa del siglo xvi fue el famoso general español Pedro de Bereterra, conde Oliveto, conocido históricamente por *el Conde Pedro Navarro*, que nació —se discute— en Garde o en Urzainqui. Colaborador esforzado del *Gran Capitán* en las campañas de Italia, se halló después al frente de las tropas españolas en las conquistas de Orán y Bugía, y fue el inventor de las minas de guerra.

Pero he dicho que las empresas colectivas de los roncaleses reaparecen «con el bravío y victoria» de sus mejores tiempos, cuando adviene al trono español la Casa de Borbón. Y ello desde la misma guerra de Sucesión, llamada en su época «la rebelión de Aragón y Cataluña», en la que combatieron heroicamente a favor de Felipe V.

Invitados, en 1706, por el marqués de Saluzo, comandante general del cuerpo de Ejército, para ayudarle en la toma del Castillo de Berdún, situado en el valle de Aragón, no lejos de Roncal, los roncale-

ses ofrecieron unas compañías con 500 hombres, que renunciando a su fuero y saliendo de sus límites, constituyeron la vanguardia del marqués, con armas y mantenimiento a costa del Valle. Y consta en el historial del Valle que estas compañías, «con indecible valor», no sólo conquistaron el castillo de Berdún, sino que llevaron el peso de la lucha en el campo de Santa Cilia y en el sitio de Ejea de los Caballeros.

EL SIGLO XVIII

El siglo xviii, aunque habría de tener un trágico final para los roncaleses, es, sin embargo, el de mayor prosperidad y auge del Valle. Sus ganados se acercaron en esta época a las doscientas mil cabezas, cifra nunca igualada. Los finos pastos de sus altos puertos, las yerbas de las Bardenas Reales, y, sobre todo, la austeridad de un pueblo de pastores, siempre emigrantes, siempre solitarios, habían conseguido hasta que se considerase como ricos hacendados a los habitantes de aquellas escarpadas y frías montañas.

En este siglo comienza, además, la exploración en gran escala de los inmensos bosques del Valle. Esto imprimió extraordinario auge a otro modo de vivir que ha sido, con el de pastor, típicamente roncalés: el de *almadiero*. La gran dificultad para estos aprovechamientos forestales era el transporte de los troncos hasta los caminos reales o los ríos, fuera ya del Valle. Entonces no existía la carretera, y los cuarenta kilómetros del valle hasta su desembocadura ha-

bían de recorrerse a pie o en caballería por un escargado y estrecho camino que discurría entre abismos. En aquellos tiempos estaban mucho más asequibles desde Roncal las poblaciones francesas de Mauleon y Oloron, en las que solía venderse la lana de los ganados, que Pamplona, salvo en los meses de nieves. No había para el transporte de los troncos otro camino que el río. Pero el Ezca, que es el río de Roncal, sobre no ser suficientemente caudaloso, es de cauce difícil y erizado, como un gran torrente rápido y desigual entre inmensas peñas, casi impracticable para cualquier género de navegación o transporte por arriesgado que se acepte.

Vivía entonces en Roncal un hombre notablemente emprendedor e ingenioso —don Pedro Vicente Gamba—, que vamos a ver reaparecer más tarde, en las guerras con que termina este siglo, al frente de los roncaleses como su Alcalde Mayor y Capitán a Guerra. Mantenía este roncalés una estrecha amistad con Pignatelli, el famoso canónigo aragonés que emprendió y llevó a término la construcción del Canal Imperial de Aragón, la primera gran obra hidráulica de nuestra Patria, estimada en su época como una obra extraordinaria. Encendido en el mismo entusiasmo por esta empresa, don Pedro Vicente Gamba, decidió suministrar a Pignatelli la gran cantidad de madera que para su realización era necesaria, y con este objeto ideó y construyó a sus expensas, a lo largo del río Ezca y de todos sus barrancos afluentes, esclusas o compuertas de madera capaces de producir pequeñas riadas o golpes de agua que permitieran el más fácil transporte de los troncos río

abajo. Para realizarlo se formaban *almadías*, que son grandes balsas de troncos enlazados con ramas de avellano fresco formando varios tramos ligeramente articulados.

Sobre ellas viajaban los almadieros, sus tripulantes: en la delantera, dos hombres, los *punteros*, que con unos grandes remos oscilantes sobre un punto fijo orientaban hacia adelante la dirección de la almadía; otro detrás, el *codero*, que con un remo análogo, a modo de timón, armonizaba sus movimientos con los punteros. Así, la constante y ágil tensión entre la punta y la coda hacía posible esta desigual y zigzagueante navegación. Pero la almadía lanzada al río tenía que afrontar rápidas corrientes, aristas amenazadoras, sinuosidades inverosímiles; tenía que lanzarse por inclinadas rampas o *contrapuertos* para salvar las presas, que enfilan estrechos desfiladeros o *congostos* de su misma anchura, en los que el río adquiere gran profundidad... Era, hasta hace bien poco, un espectáculo impresionante ver a esos hombres fornidos, cubiertos con su bíblico *espaldero* de piel de cabra, trajinando sobre aquellas almadías, que podían dirigirse, pero no detenerse, metidos a veces hasta la cintura en las frías aguas invernales, para desencallar, a fuerza de músculos, el peso inmenso de los troncos enlazados... Oficio éste, además, muy peligroso, puesto que el menor golpe de la almadía les hacía caer al agua, a veces bajo la balsa misma, en lugar estrecho que no los permitía salir más. Sin embargo, en aquellos tiempos, el oficio de almadiero satisfacía el deseo juvenil de riesgos y de aventuras, tan sentido por los montañeses, y les permitía, ade-

más, «ver mundo», ya que con la almadia iban a través de Aragón y el Ebro hasta Zaragoza y Tortosa.

Por este procedimiento salieron del Valle en aquellos años cantidades ingentes de madera, no sólo para proveer a la construcción del Canal Imperial, sino también para suministrar a los Reales Astilleros de Cartagena, donde se preparaba a la sazón nuestra flota para la batalla definitiva con el inglés que, para nuestra desgracia, había de ser la de Trafalgar.

LA GUERRA DE LA CONVENCION

Malos vientos soplaban por entonces de Francia. Los revolucionarios parisienses habían derrocado la más vieja y prestigiosa monarquía de Europa, y tras derramar un torrente de sangre amenazaban la vida del propio rey. Estos sucesos, hasta entonces inconcebibles, conmocionaron al pueblo español. Las gestiones hechas por nuestro Gobierno para salvar al rey de Francia resultaron inútiles, y Luis XVI fue guillotinado. Esto hizo inevitable la guerra, que estalló en marzo de 1793.

Esta guerra, llamada de la Convención, fue la primera de este siglo verdaderamente popular entre los españoles, porque respondía a sus tradicionales sentimientos católicos y monárquicos. Así, las filas de los ejércitos se nutrieron en gran parte de voluntarios y las aportaciones económicas de los pueblos fueron fáciles y generosas. Se formaron tres cuerpos de ejército: uno, en Cataluña, al mando del general Ricardos, que en el primer año de guerra consiguió tomar gran parte del Rosellón; otro, de Aragón, al mando

del príncipe de Castellfranco, y un tercero, en Navarra, a las órdenes del general Caro.

Era entonces alcalde de Roncal y presidente, por tanto, de la Junta del Valle, el mismo don Pedro Vicente Gambra, quien se apresuró a ofrecer al general de Navarra cuatro compañías de voluntarios armados que él había procurado reunir en Roncal y Salazar. El general Caro le confirmó entonces como *Capitán a Guerra* del Valle, el mando de estos voluntarios, y recorrió con él como experto la frontera desde el mar hasta Canfranc, encargándole de las obras de fortificación y alojamiento de la tropa.

Estos voluntarios, reforzados por el Regimiento de Milicias de Sigüenza, se encargaron durante toda la guerra de la defensa de las fronteras del Valle, operando con cierta autonomía a las órdenes de su Capitán a Guerra entre el cuerpo de ejército de Navarra y el de Aragón.

Conocidas son las grandes levass que la República hizo en Francia a lo largo de la guerra, levass que le permitían lanzar ataques en oleadas cada vez más numerosas.

El 25 de junio de 1793 se produce el primer gran ataque enemigo sobre los puertos de la Carchela y de Urdaite o *La Lapiza*, que dominan la Venta de Arraco, en Belagua. Las tropas francesas, en número muy superior, logran ascender por aquellas empinadas laderas a favor de la noche y ocupar el escarpado pico de Bimbaleta, que domina ambos puertos. Los roncaldeses todos acuden a reforzar a las compañías que guardaban las posiciones; las mujeres acuden también a Belagua, armadas de sables y bayo-

netas, para esperar a los franceses si logran traspasar los puertos. El Capitán a Guerra dispone entonces el ataque para desalojar a los revolucionarios de su ventajosa posición. Conociendo el terreno parece imposible este ataque bajo el fuego desde lo alto, porque las laderas de este pico no son accesibles si no es asiéndose al terreno con pies y manos. Milicianos españoles y soldados no pueden seguir a los roncaleses en el ataque por no estar acostumbrados a este durísimo terreno; pero éstos, con un impulso y unos pulmones sobrehumanos, logran llegar a la cumbre y desalojar al enemigo, que ya nunca volvería a dominar ningún punto de la divisoria. Acto seguido descienden los roncaleses por las abruptas pendientes del lado francés, persiguiendo a las fugitivas tropas de la Convención hasta el pueblo francés de Sainte Engrace, distante tres leguas de la frontera.

Un nuevo ataque, el 7 de octubre, es repelido con el mismo ardor y empuje y los roncaleses, tras de coger muchos prisioneros, ocupan dicho pueblo e incendian parte de su caserío. Estos hechos son agradecidos y exaltados por el propio rey, en Real Orden de 1.º de noviembre, que se comunica al Valle, *ordenando expresamente Su Majestad que se dé las gracias a las valerosas roncalesas.*

La campaña del año siguiente —1794— fue, en general, desfavorable para las armas españolas. Se perdió el terreno conquistado en el Rosellón, y en la frontera navarra fue preciso evacuar el Valle de Baztán y una extensa zona hasta la Aezcoa. Por los puertos roncaleses ataca nuevamente el enemigo en los días 12 y 13 de agosto, y el 17 se sostiene dura ba-

talla en los puertos de Urdaite y Belay. Pero la fuga de los franceses es tan precipitada y se les persigue tan de cerca, que los propios atacantes se ven en la necesidad de izar bandera blanca. Todas estas operaciones se hallan relatadas en las varias «Declaraciones de Gambia, capitán del Valle, al rey», en la *Gaceta de Madrid* de 23 de julio y 25 de octubre de 1793 y 21 de octubre de 1794.

Desaparecido Ricardos y dimitido Caro —las dos grandes figuras de esta guerra—, minada en parte la resistencia de Guipúzcoa por influencia de los elementos enciclopedistas y afrancesados allí existentes, la guerra toma mal cariz a partir de esta época. El ejército se ve, además, desasistido de Godoy, primer ministro, que sólo pensaba ya en buscar una paz al precio que fuera. Al comenzar el verano de 1795 se produce una reacción popular. La Diputación de Navarra convoca a *apellido*, o movilización general, a la que acuden todos los navarros útiles; el capitán del Valle remite a Castellfranco un minucioso plan de operaciones ofensivas por aquella zona, plan que es aceptado por el general. Pero no llega a realizarse porque en seguida, y con sorpresa general, firma Godoy la paz de Basilea en las peores condiciones (22 de julio).

El Valle de Roncal es públicamente elogiado como el único de la frontera navarra en que no logra poner pie el enemigo (1 de marzo de 1797), y su Capitán a Guerra recibe como recompensa el grado de teniente coronel honorario de los reales ejércitos. Poco después se otorgan al Valle dos cuarteles más para su escudo: un lebre y un castillo, en símbolo de su leal-

tad y fortaleza. Estos cuarteles se unen a la cabeza de moro sobre un puente y a los montes que constituían el antiguo escudo, y forman los cuatro cuarteles del moderno.



Para celebrar estos nuevos blasones de su nobleza se organizaron, en 1797, grandes fiestas en todo el Valle. Nadie sabía entonces que estaba próxima otra guerra infinitamente más trágica y cruel para los roncaleses y para toda la nación.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Diez años más tarde, en el mes de marzo de 1808, llegaban a Roncal noticias confusas y alarmantes. El Tratado de Fontainebleau, entre Godoy y Napoleón, había abierto, meses antes, las puertas de nuestro país a las tropas napoleónicas para conquistar Portugal. Ahora acababan éstas de instalarse en Pamplona y en otras plazas fuertes, sin dar explicaciones de ello. Por otro lado, Godoy, el odiado favorito, había caído bajo las iras del pueblo; Carlos IV acababa de abdicar, y con la proclamación de Fernando VII cabía esperar una nueva era de honor y de reconstrucción.

Dos meses después la situación estaba aclarada, tristemente aclarada. Los que habían recelado de la entrada de los napoleónicos tenían razón: sus negros augurios estaban cumplidos. Prisioneros los reyes, ametrallado el pueblo de Madrid el 2 de mayo, toda la nación se veía prisionera e inermes, en poder del ejército más poderoso que habían conocido los siglos, el ejército que había dominado a Europa. *La resistencia sería inútil* era el *slogan* que difundían los invasores y los afrancesados; *no importa* sería el lema

de la desesperada resistencia del pueblo en la lucha más trágica y sangrienta que ha asolado a nuestra Patria.

En el Valle de Roncal cundió pronto el espíritu de insurrección. En los soldados de Napoleón veían los roncaleses, además de a los invasores por traición, a los mismos revolucionarios a quienes habían contenido y derrotado en la pasada guerra. Don Pedro Vicente Gamba, ya sexagenario, encontró amplio eco en sus paisanos para formar pequeñas partidas que, saliendo del Valle, daban golpes de mano sobre las columnas francesas en sus marchas, e incluso uno más arriesgado sobre la guarnición de Sangüesa. Además, informaban a Palafox, durante los dos sitios de Zaragoza, de los movimientos del enemigo.

Dos hijos de don Pedro Vicente —Francisco y Sebastián— se encontraban en Zaragoza estudiando la carrera de Leyes. Inmediatamente se pusieron a las órdenes de Palafox, que les nombró oficiales, y participaron durante el primer sitio en la defensa de la puerta del Carmen y en la del puente durante el segundo. En ambas defensas estuvieron junto al general don Mariano Renovales, que fue famoso guerrillero, y con el que trabaron estrecha amistad. Reducida la ciudad a escombros, diezmada por la peste, sin municiones ni subsistencias, se rinde a los napoleónicos el 20 de febrero de 1809, ofreciendo a éstos el espectáculo dantesco de los montones ingentes de cadáveres apilados en sus calles.

El general Renovales, con los dos hijos de Gamba, son hechos prisioneros y conducidos en una cadena de presos hacia Francia. Pero al pasar por Capa-

roso, en la ribera navarra, la partida roncalesa da un golpe de mano sobre la columna y logra liberarlos y facilitarles la huida hacia el Valle.

Su presencia animó a todos a una insurrección general. A ella se unen elementos tan valiosos como Gregorio Cruchaga, natural de Urzainqui, que hubo de ser más tarde lugarteniente de Espoz y Mina durante esta guerra.

Noticioso de este ambiente de rebelión el gobernador militar francés en Pamplona, D'Agoult, envió una fuerte columna mandada por el comandante Puisalís, que llegó de noche inopinadamente y ocupó la villa de Roncal (23 de mayo). Sin embargo, la triste suerte de una avanzadilla que envió a Garde y que fue pasada a cuchillo por los habitantes, le hizo sentirse rodeado de feroces enemigos armados y preparados para todo. Atemorizado, dispone Puisalís una rápida retirada a la estratégica altura de Santa Bárbara, con el deseo de alcanzar suelo francés. Pero los roncaleses, rápidamente reunidos, se lanzan en su persecución, sosteniendo un encarnizado combate a morir o vencer, en el que la columna francesa, agotada de cansancio y perdida en el monte y la oscuridad, no puede resistir. Rendido su comandante bajo el puñal de Cruchaga, la columna es totalmente aniquilada. Aún una copla recuerda, en Roncal, este hecho:

*Ciento cincuenta franceses
a Val-de-Roncal subieron,
y en las peñas de Yinyari
con sus armas perecieron.*

El castigo a esta audacia no podía hacerse esperar. Todas las tentativas hechas por los roncaleses para recibir refuerzos y organizar una resistencia poderosa en las gargantas del Valle fracasaron: nadie podía auxiliarles en aquellos trágicos momentos. En esos días lanza Renovales un manifiesto impreso a los navarros incitándoles a seguir el ejemplo de los roncaleses y unirse a su rebelión. Podían temer en aquellos momentos que un fuerte ejército imperial pasase a cuchillo a todos los hombres del Valle, que no eran más suaves sus procedimientos.

El 27 de agosto, en efecto, se sabe que el general Plique ha salido de Zaragoza con una columna de cinco mil hombres para ocupar y castigar al Valle, y que a ella se unirían otras fuerzas de las guarniciones de Jaca y de Lumbier. Tomando las alturas, burla Plique la resistencia roncalesa apostada en las foces de Salvatierra de Ezca y entra la columna en Burgui, pueblo que saquea e incendia por completo.

Mas al pretender remontar el Valle, tropieza con la encarnizada resistencia acaudillada por Renovales y sus oficiales, que les obliga a desalojar cada mata y cada peña del camino. El choque más trágico y sangriento tiene lugar en el desfiladero llamado Labochuela, una legua antes de Roncal. Los roncaleses, ahorrando municiones y a la desesperada, lanzan desde las alturas del angosto paso inmensas piedras que caen sobre la columna enemiga. Poco más de trescientos roncaleses les hacen más de cuatrocientos muertos y ochocientos heridos a la columna napoleónica, e impiden avanzar, durante tres días de

lucha incesante, a siete mil soldados del más prestigioso ejército que conoció la Historia.

Al cabo de estos días, horrorizado Plique por la mortandad, ofrece ventajosas condiciones de paz a los roncaleses. Para éstos la lucha se hace ya inútil, pues no pueden esperar ayudas y si temer la llegada de refuerzos enemigos que, llegando de Francia, les cojan por la espalda, por lo cual deciden aceptar la capitulación, y, representados por su alcalde mayor, Melchor Ornat, firman la paz en los más honrosos términos: los hombres armados podrán salir del Valle, y los ocupantes se comprometen a respetar las vidas y haciendas de los que queden. Quizá nunca habían sufrido las águilas imperiales la humillación de tener que pactar con unos paisanos armados, con unos *insurgentes*.

La *Gaceta* francesa de Zaragoza hubo de reconocer: *«Se han batido los roncaleses como hubieran podido hacerlo las tropas más disciplinarias y aguerridas...»* Y la *Gaceta* de la Junta Suprema: *«Lo acontecido en Roncal es de lo más glorioso que puede imaginarse; el valor y constancia de Renovales y sus oficiales, de lo más bizarro...»*

De este cuerpo formado en Roncal, que sale así del Valle, se originó después la famosa División de Voluntarios del Reino, que, al mando de Mina, sería el terror del ejército invasor en Navarra. Renovales, que durante este tiempo había casado con una hija de don Pedro Vicente Gamba, salió desde el Valle a seguir combatiendo como general del ala izquierda.

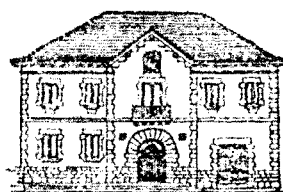
del ejército español en numerosas campañas de esta guerra. Cruchaga, con otros muchos roncaleses, se incorporó como lugarteniente a la famosa División de Mina. Don Pedro Vicente Gamba recibió de Palafox el título de coronel del ejército, cuyo sueldo no quiso aceptar a pesar de haber visto arruinada su hacienda.

Nuevamente los roncaleses habían cumplido con su deber y conquistado nuevos timbres de gloria en una época que ya no estimaría las ejecutorias de nobleza. Pero el Valle, assolado nuevamente en las campañas de Mina y en la retirada de los franceses, vio incendiados varios de sus pueblos, aniquilados sus rebaños, famélica su población, y nunca recuperó ya la prosperidad del siglo XVIII.

La posteridad de la guerra de la Independencia hasta nuestros días han sido malos tiempos para el mantenimiento de los caracteres locales y de las autonomías. Los roncaleses, siempre amantes de lo suyo, pero siempre abiertos y progresivos, acogieron con prontitud cuanto les ofrecía la civilización moderna. La luz eléctrica, el telégrafo, el teléfono, el autobús, el agua en las casas llegaron a los pueblos de Roncal antes que a casi todos los de su tamaño. Sin embargo, mucho de su alma desapareció, víctima de estos mismos adelantos. La carretera, con su constante ir y venir, se llevó para siempre una lengua y un traje milenarios.

Pero queda todavía a los roncaleses mucho del patrimonio de sus mayores para guardar y cultivar: la constitución tradicional del municipio navarro, la Junta General de Valle, la propiedad comunitaria de

sus montes, sus ilustres privilegios..., legados de un pasado de gloria que pueden y deben hacer fructificar los roncaleses de hoy en nuevos días de prosperidad y de honra.



La Casa del Valle

EPILOGO

JULIAN GAYARRE

Por MIGUEL ARAZURI

*Dos hombres tuvo Navarra
que la hicieron inmortal:
Sarasate, el de Pamplona,
y Gayarre, el de Roncal.*

Muchos españoles, sólo por esta copla, conocen el nombre de nuestro valle pirenaico. Es muy frecuente que lleguen a Roncal viajeros que no llevan otro propósito que conocer el mausoleo que hizo Benlliure para la tumba de su amigo Gayarre: van directamente al cementerio y se marchan en seguida, convencidos de haber visitado cuanto en Roncal merece verse.

El mausoleo es realmente interesante: la mejor obra de Benlliure, según muchos críticos. A los dos lados de la tumba lloran la Música y el Arte, mientras unos ángeles se llevan por los aires el sarcófago del gran cantante y un tercero acerca su oído a la tapa con ilusión de percibir aún alguna nota

normal y tan navarro, fue el primer paso en su camino hacia la gloria.

Navarra es tierra de músicos y de melómanos. Contemporáneos de Gayarre fueron Eslava, Arrieta y Sarasate; en aquel ambiente nada tuvo de extraordinario que la voz de Gayarre atrajese pronto la atención de los entendidos, como Eslava, que, a petición del director del Orfeón, le escuchó y le calificó de «diamante sin pulir». Por su consejo pretendió y obtuvo el futuro «divo» una beca en el Conservatorio de Madrid.

Así comenzó su vida de estudiante, que se vio pronto interrumpida por la Revolución del 68, la cual, de un plumazo, suprimió el Conservatorio y dejó a su becario en la calle.

Pero la afición musical de sus paisanos no permitió que una circunstancia accidental cortase en flor tan prometedora carrera: tras algunas audiciones que despertaron el entusiasmo del público pamplonés, la Diputación de Navarra le concedió una nueva beca, más generosa que la que había perdido, y que le permitió llegar nada menos que a Milán, el santuario de la ópera.

Allí estudió asiduamente con el maestro Lombardi, y este mismo, cuando le creyó en condiciones de debutar, le proporcionó un contrato. ¡Su primer contrato! ¡Qué emoción para aquel humilde extranjero debutar en Italia! Ahora estaba en sus manos todo su porvenir.

Su compañía debutó en Vicenza, y allí tuvieron lugar acontecimientos decisivos en su vida. La primera representación —con *l Lombardi*— resultó un *fias-*

co; tanto, que el empresario determinó disolver la compañía. Pero en tan desmoralizadora situación dio muestras Gayarre, como había de darlas en tantos casos, de una serenidad y una presencia de ánimo muy alejadas del desequilibrio y el nerviosismo que corrientemente se atribuyen a los artistas. Sin desanimarse se enfrentó con el empresario, y alegando que él, personalmente, no había incurrido en las iras del público, reclamó que se le concediese una nueva oportunidad.

Cedió el empresario, y a teatro lleno, pero en una atmósfera hostil, salió Gayarre a probar de nuevo su fortuna, esta vez con *Elixir de amore*. En cuanto empezó a cantar conquistó el respeto del público, pero no consiguió vencer su frialdad. Y aquí fue cuando sucedió el famosísimo y novelesco episodio que señala el principio de la serie ininterrumpida de triunfos del primer tenor de su tiempo.

Cuando estaba a punto de salir a escena en el tercer acto para cantar la romanza *Una furtiva lágrima*, considerada como piedra de toque de los intérpretes de aquella ópera, le fue entregado un telegrama que contenía la noticia de la muerte de su madre. Aturdido aún por el tremendo golpe, sus compañeros le empujaron al escenario, y la primera expresión del primer gran dolor de su vida fue aquella patética romanza. El público captó, sin comprenderlo, el dramatismo de aquel momento y la escuchó en un silencio conmovido, que se rompió al final en frenéticas aclamaciones.

Desde este momento, cada ópera cantada fue un paso hacia arriba. Primero Italia (Treviso, Milán,

Cremona, Roma, Génova); luego España, sin llegar aún al Real; luego, Bolonia, San Petersburgo, y, por fin, la Scala de Milán. terrible prueba que afrontó con *La Favorita* y de la que salió no sólo airoso, sino triunfante.

A continuación hizo una jira por América, y en 1877 debutó en el Covent Garden, de Londres, escenario que llegó a serle familiar, pues le reclamó durante una larga serie de temporadas.

En este mismo año de 1877 cantó en el Real de Madrid, y no fue pequeño triunfo conquistar a aquel público difícilísimo, quizá aún mas para un español. Entre sus actuaciones en este teatro dejó perdurable memoria su interpretación de *Lucia de Lamermoor*, en la que tuvo como *partenaire* a Adelina Patti, duelo artístico que apasionó a Madrid y en el que la victoria quedó indecisa.

Sin embargo, todos estos triunfos no hicieron cambiar las ideas ni el carácter de Gayerre, que siguió siendo el mismo roncalés realista y sereno. Por todas partes se hacía acompañar de sus familiares y sólo en ellos confiaba para la gestión de sus intereses. Conocía el valor de su voz y sabía sacarle todo el partido posible, pero sabía también que sólo de ella dependía su encumbrada posición. Hay una carta, escrita por él desde París, donde su éxito social llegó al pináculo y se vio abrumado de invitaciones de aristócratas y celebridades, que demuestra hasta qué punto conservaba la cabeza fría y limpia de toda embriaguez: «Ya sé que todos éstos me solicitan sólo porque estoy de moda; el día en que pierda la voz o surja otro que les guste más que yo no volverán

quiera en el mérito artístico de sus interpretaciones, sino en las palabras grabadas en una de sus coronas fúnebres, en recuerdo del padre del gran tenor, que tantas veces las había repetido: *Como el de casa, ninguno.*

Con esta frase zanjaba el *tío Mariano* todas las discusiones que se mantenían en su presencia sobre los méritos de los diversos cantantes. Y esto fue *Gayarre* para los roncaleses: *el de casa*. Un roncalés más, que, como tantos otros, salió al mundo y conquistó en él la gloria y la fortuna sin perder nunca la tranquila confianza en sí mismo, la serenidad de juicio y el amor a lo propio, esas virtudes tan características de los roncaleses.

INDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN	3
Situémonos	6
El paisaje	10
Los privilegios y la epopeya	17
El tributo de las tres vacas	24
La comunidad	34
La Edad Moderna	43
El siglo xviii	47
La guerra de la Convención	51
La guerra de la Independencia	56
Epilogo: Julián Gayarre	63

Edita. PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

Maqueta. VERDU

ISBN: 84-500-6413-9

Depósito legal: M 15812/1974

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO

Precio: 10 pesetas

e íntima adhesión de los navarros —y de los roncaleses— al «real servicio».

No es así de extrañar que en el período austriaco no se destaquen grandes empresas colectivas de los roncaleses como las que vimos en la Reconquista y veremos reaparecer a partir de 1700 bajo los Borbones. Sólo aparecen en estos dos siglos individualidades aisladas que enriquecen desde distintos sectores del espíritu o del ingenio humano la historia de Roncal.

Es preciso citar, en la gran epopeya de la cristianización de América por los españoles, la figura de un hijo de Isaba, el venerable mártir Cipriano Barace, que murió sacrificado por los indios *mojos* en el lejano virreinato del Perú, y al que aquella villa roncalesa considera como uno de sus santos patronos.

Es curioso en esta época cómo la biografía roncalesa se enriqueció también mediante un hecho milagroso más de una vez repetido. Era en aquel tiempo la guerra de los hugonotes en Francia; la herejía se propagaba por el sur de Francia y se ensañaba muy especialmente con los templos dedicados a la Virgen Madre de Dios. Entonces se da el caso prodigioso de las vírgenes emigrantes. Sea que los fieles católicos enterraban sus imágenes en los montes de la vertiente española y se producía después el milagro de su aparición, sea que el traslado mismo fuera un hecho sobrenatural, es lo cierto que en más de un caso aparecieron en el Valle imágenes que se veneraban en Francia, a las que se erigían templos o ermitas en el lugar de su milagrosa aparición. Tal es el caso de la *Virgen de Zuberoa*, cuya ermita, en un valle francés cercano, incendiaron los herejes,

ses ofrecieron unas compañías con 500 hombres, que renunciando a su fuero y saliendo de sus límites, constituyeron la vanguardia del marqués, con armas y mantenimiento a costa del Valle. Y consta en el historial del Valle que estas compañías, «con indecible valor», no sólo conquistaron el castillo de Berdún, sino que llevaron el peso de la lucha en el campo de Santa Cilia y en el sitio de Ejea de los Caballeros.

abajo. Para realizarlo se formaban *almadías*, que son grandes balsas de troncos enlazados con ramas de avellano fresco formando varios tramos ligeramente articulados.

Sobre ellas viajaban los almadieros, sus tripulantes: en la delantera, dos hombres, los *punteros*, que con unos grandes remos oscilantes sobre un punto fijo orientaban hacia adelante la dirección de la almadía; otro detrás, el *codero*, que con un remo análogo, a modo de timón, armonizaba sus movimientos con los punteros. Así, la constante y ágil tensión entre la punta y la coda hacía posible esta desigual y zigzagueante navegación. Pero la almadía lanzada al río tenía que afrontar rápidas corrientes, aristas amenazadoras, sinuosidades inverosímiles; tenía que lanzarse por inclinadas rampas o *contrapuertos* para salvar las presas, que enfilan estrechos desfiladeros o *congostos* de su misma anchura, en los que el río adquiere gran profundidad... Era, hasta hace bien poco, un espectáculo impresionante ver a esos hombres fornidos, cubiertos con su bíblico *espaldero* de piel de cabra, trajinando sobre aquellas almadías, que podían dirigirse, pero no detenerse, metidos a veces hasta la cintura en las frías aguas invernales, para desencallar, a fuerza de músculos, el peso inmenso de los troncos enlazados... Oficio éste, además, muy peligroso, puesto que el menor golpe de la almadía les hacía caer al agua, a veces bajo la balsa misma, en lugar estrecho que no los permitía salir más. Sin embargo, en aquellos tiempos, el oficio de almadiero satisfacía el deseo juvenil de riesgos y de aventuras, tan sentido por los montañeses, y les permitía, ade-

de aquella incomparable garganta. El conjunto, más escultórico que arquitectónico, como corresponde al genio de su autor, y de un simbolismo muy de su tiempo, se despegaba violentamente de la grandiosidad del paisaje severo que lo encuadra. Como, a primera vista, parece despegarse la figura de un cantante de ópera de todo este fondo de historia ruda y guerrera que acabamos de repasar.

Sin embargo, la vida de Gayarre, tan de su época romántica por las novelescas circunstancias que la rodearon, es, en el fondo, la vida de un roncalés de cuerpo entero, unido a su tierra no sólo por vínculos de afecto que nunca se debilitaron, sino, sobre todo, por los rasgos más íntimos y fundamentales de su carácter.

Sebastián Gayarre —que este nombre tan roncalés llevaba hasta que decidió sustituirlo por el segundo, que le parecía más *cartelero*— nació el 9 de enero de 1844 en una modesta familia de la villa de Roncal, y, como no era el mayor ni estaba destinado a *quedarse para casa*, sus padres se preocuparon, desde su adolescencia, de buscarle un medio de vida. Con este fin lo enviaron a Pamplona bajo el amparo de un pariente que tenía un comercio, y primero como dependiente y más tarde como ayudante de un herrero, vivió en esta ciudad durante varios años.

Un día, un compañero que observó su afición a la música lo presentó al director del Orfeón. Naturalmente, sus privilegiadas dotes naturales se hicieron notar en seguida, y rápidamente llegó a ser primer tenor de la notable agrupación pamplonesa. Este, tan

a acordarse de mi nombre. Por eso no los considero mis amigos a ellos, sino a vosotros, los de siempre, los que me conocisteis de niño.» Y no eran estas palabras vanas, sino simple expresión de la verdad, como demuestran muchos rasgos de su vida.

Siempre que podía tomarse unas vacaciones iba a pasar unos días a Roncal, donde su presencia daba lugar a una verdadera fiesta. Cada vez organizaba una romería a la ermita de Navarzato, dedicada a su Santo Patrón San Sebastián, y aún hay en Roncal quien recuerda haber ido de niño a alguna de ellas e incluso haber oído a Gayarre cantar unas notas bajo los árboles del camino.

Las escuelas y el frontón de la villa de Roncal, que forman un amplio y hermoso conjunto, paralelamente a la carretera y al otro lado del río, fueron un principesco regalo de Gayarre «a sus paisanos», como dice la lápida conmemorativa. Tuvo empeño Gayarre en que los materiales y la construcción fuesen de primera calidad, y costaron, en consecuencia, una cantidad, para la época, elevadísima.

En otoño de 1889 realizó la última visita a su pueblo, y un par de meses más tarde tuvo lugar en el teatro Real de Madrid la dramática escena tantas veces descrita.

Se cantaba *Il pescatore di perle*; todo marchaba normalmente y Gayarre estaba obteniendo el éxito en el habitual cuando, al llegar a la romanza, la voz incomparable empezó a flaquear y en una nota aguda se quebró bruscamente. Gayarre se retiró de la escena, sintiéndose enfermo e impresionadísimo, además, por aquel accidente único en su vida de cantante

y que no acertaba a comprender. Pero con el dominio de sí mismo que jamás le abandonaba, declaró en seguida que ya se encontraba mejor y se obstinó en salir de nuevo a cantar la fatal romanza. Y, en efecto, la cantó, y con un esfuerzo que había de ser el último de su carrera, consiguió dar la nota en que había fallado momentos antes. Agradecido a tanta valentía y dignidad, el público le despidió —sin saber que era para siempre— con una delirante ovación.

—*Esto se acabó*— dijo Gayarre al salir del escenario.

Este fue su único comentario. Cuentan sus amigos que aquella noche sostuvo su tertulia habitual con perfecta naturalidad, sin hacer la menor alusión a lo ocurrido en el teatro.

Pero al día siguiente la explicación del misterio se presentó clara y siniestra: la *grippe*, la terrible gripe asesina del 89, que en tres días acabó con la vida de Julián Gayarre.

Su entierro fue un verdadero acontecimiento: todo Madrid se lanzó a la calle, a pesar del terror a la epidemia.

Conforme a sus deseos, el cuerpo de Gayarre fue llevado a su pueblo natal. Los roncaleses conservan de él un recuerdo vivo y afectuoso. En las escuelas que él donó hay un salón consagrado a museo de sus recuerdos, y en medio del recinto del frontón se eleva un monumento con un bello busto de Gayarre costeado por el pueblo y obra de otro gran artista, también roncalés, Fructuoso Orduna.

El secreto de este afecto perdurable no está, quizá, en los triunfos internacionales de Gayarre, ni si-